

El ejercicio del pensar

#54

Junio 2024

**Oskar Negt:
a la izquierda
de la teoría crítica**

[TERCERA PARTE]

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Oskar Negt (†)

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Historia y coyuntura:
perspectivas
marxistas**



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Negt, Oskar

El ejercicio del pensar no. 54 : Oskar Negt : a la izquierda de la teoría crítica / Oskar Negt ; Editado por Luis Alvarenga ; Carlos Pérez Segura ; Jaime Ortega Reyna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-878-7

I. Dialéctica. I. Alvarenga, Luis, ed. II. Pérez Segura, Carlos, ed. III. Ortega Reyna, Jaime, ed. IV. Título.

CDD 305.51

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Coordinadores

María Elvira Concheiro Bórquez

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México

México

elvira.concheiro@gmail.com

Marcelo Starcenbaum

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Argentina

mstarcenbaum@gmail.com

Patricia Flor De Lourdes González San Martín

Observatorio de Participación Social y Territorio

Universidad de Playa Ancha

Chile

plgonzal@upla.cl

Equipo Editor

Luis Alvarenga

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

lalvarenga@uca.edu.sv

Carlos Pérez Segura

Instituto de Formación Política de Morena

carlosperseg@gmail.com

Jaime Ortega Reyna

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

gtmarxismo@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>

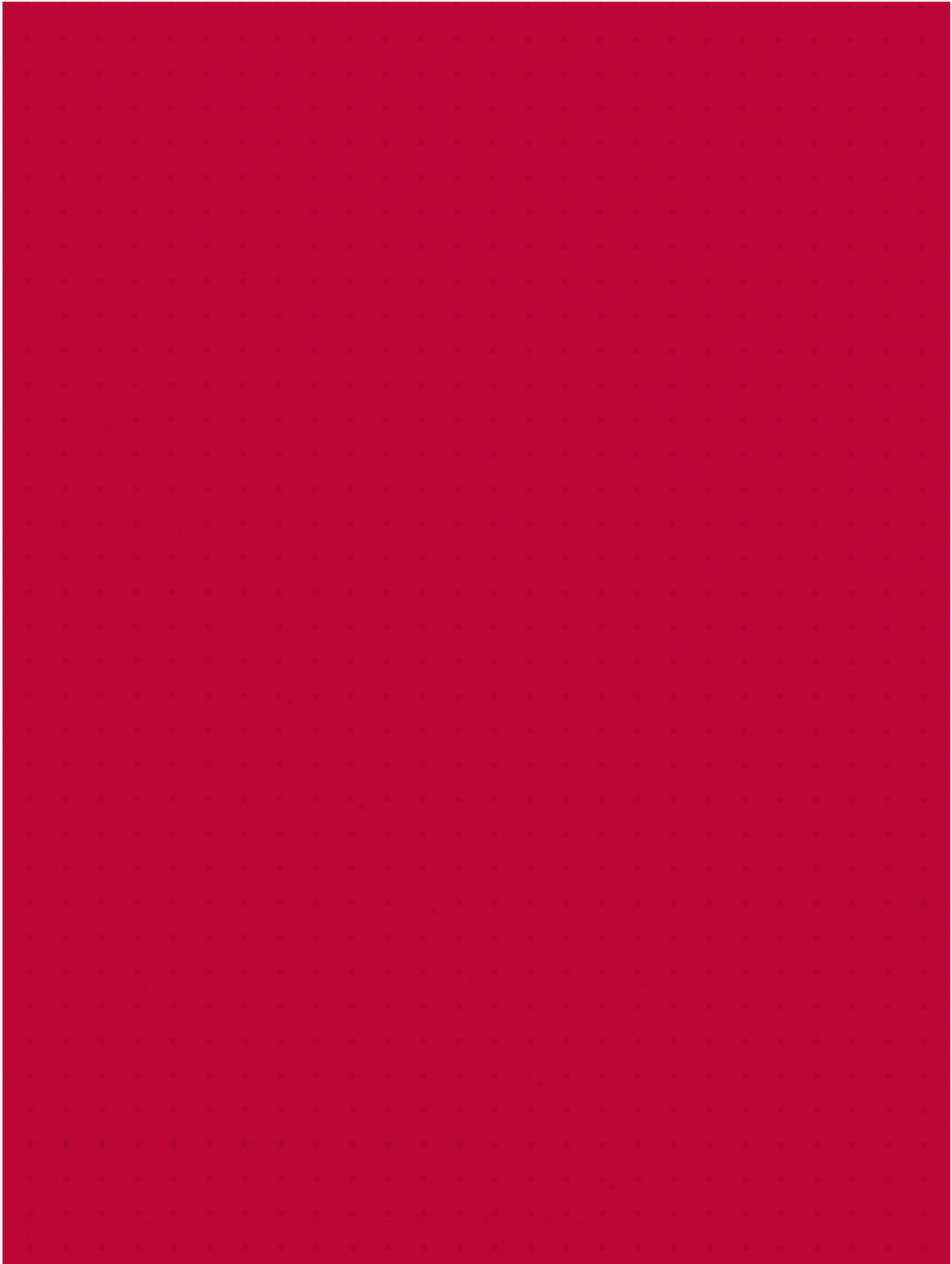


Contenido

- 5** De la dialéctica materialista entre espontaneidad y organización: Rosa Luxemburg

Oskar Negt





El ejercicio del pensar
Número **54** · Junio 2024



De la dialéctica materialista entre espontaneidad y organización

Rosa Luxemburg*

Oskar Negt

Debo empezar con una confesión: yo no soy especialista en Rosa Luxemburg. He leído, naturalmente, sus libros, pero sólo me he ocupado de ellos de una forma sistemática a raíz de que Lelio Basso me invitara a participar en este Congreso. Por lo que se me podría replicar: ¿por qué hablas, pues, sobre Rosa Luxemburg? La he leído por *mi* interés político... con la inestimable ventaja de no encontrarme sometido a un continuo afán de legitimación, de considerar su pensamiento desde el punto de vista de los vencedores. Toda la historiografía burguesa está escrita desde el punto de vista de los vencedores. Yo considero oportuno estudiar a Rosa Luxemburg desde la perspectiva de aquellos que están metidos en la lucha, que necesitan, para su emancipación revolucionaria, orientaciones, conceptos; que necesitan una asimilación viva de las grandes teorías y experiencias socialistas para poder seguir adelante.

Marx y Lenin han pensado libremente, abiertamente, sobre su propio pensamiento. «Tout ce que je sais, c'est que moi, je ne suis pas marxiste» (lo único que sé es que yo no soy marxista), habría dicho Marx, según

* Publicado en *Materiales*, No. 3, 1977, con traducción de Pedro Madrigal. Originalmente ponencia presentada en la I Semana Internacional de Estudios Marxistas celebrada en septiembre de 1973 en Reggio Emilia.

Engels.¹ Y si yo he entendido correctamente la forma de pensar de Lenin –tal y como ha dejado constancia en su biografía política y en sus escritos–, seguro que él hubiera encontrado cómico todo el trabajo y la agudeza escolástica con que se querría hacer de Rosa Luxemburg, en última instancia, una leninista. «Ella era y sigue siendo un águila», con esta frase la caracterizaba Lenin; calificando, al mismo tiempo, su pensamiento de «marxismo no falseado», y cuando él recomendaba su biografía y la edición completa de sus obras para la formación de muchas generaciones de comunistas, no lo hacía, ciertamente, esperando que estos comunistas reconocieran también en los escritos de Rosa Luxemburg cuán genial él mismo había sido. Hoy día, el respetuoso reconocimiento de su persona y de su obra son dos cosas totalmente dispares; se evoca, como siempre, la imagen del águila, pero al lado se hace en seguida el largo catálogo de errores, conforme el criterio de Thälmann: «(...) en todas las cuestiones en que Rosa Luxemburg tenía una concepción distinta de la de Lenin, su opinión era errónea» (Thälmann, Ernst, 1932, p. 71). Lo que importa hoy día es la cuestión del contenido revolucionario actual de la teoría de Rosa Luxemburg, no la de su adscripción al anarquismo, al espontaneísmo o al leninismo. Nada odiaba Rosa Luxemburg tanto como a los «maestros» de la revolución, entre los que contaba, no cabe duda, a todos aquellos maestros de la teoría socialista que tienen, evidentemente, la característica de no ser conscientes de que son maestros. Esta clase de gente cree a las masas capaces de poco, ni siquiera –hasta hace poco– de una lectura independiente y crítica de los escritos de Rosa Luxemburg.²

- 1 El contexto en que se encuentra esta frase parece que da la razón a los dogmáticos; va dirigida contra la «política de bachilleres», contra gente de la oposición de izquierdas que ignoran los hechos históricos, se distinguen por su arrogancia y defienden un «marxismo convulsivamente desfigurado». Pero, objetivamente, concierne hoy día igualmente a los dogmáticos que utilizan de modo inflacionario el nombre de marxismo y a los maestros de la letra marxista en todos sus diversos matices.
- 2 Es indudable que las *Obras Completas*, de Rosa Luxemburg, publicadas en 1972-1975 bajo la dirección de G. Radczun significa un notable progreso, si se las compara con aquella selección de sus escritos aparecida, en dos volúmenes, en 1952. Edición ésta que había sido preparada de antemano para el lector, con un prólogo de Wilhelm Pieck y toda una serie de manifestaciones de Lenin y Stalin sobre Rosa Luxemburg. La edición de Radczun se limita, en esencia, a un exacto

Lo que yo diga aquí es lo que he aprendido de ella. Si se leen hoy sus escritos bajo el punto de vista de lo que tiene importancia central para su propio pensamiento, siendo, simultáneamente, de la más viva actualidad política, entonces destaca, entre todas, una cuestión: la huelga espontánea de masas. La «iluminación general en que están sumergidos el resto de colores y que los modifica en su peculiaridad», el «éter especial» determinante del «peso específico de toda existencia que de él surja» – metáforas empleadas por Marx para dar una idea de la penetrante y matizada fuerza de la proporción que acuña las relaciones sociales en su totalidad–, todo esto es algo que sólo vale para un único tema en Rosa Luxemburg, que lo domina todo: para la dialéctica histórica que tiene lugar entre espontaneidad y organización, marcada por la huelga de masas; una dialéctica vinculada a la producción, tanto material como espiritual. Ciertamente que la espontaneidad no es la ley de la dinámica de las masas; pero también es verdad que sin espontaneidad, con la que dan expresión, manifiesta y abierta, a sus intereses, no hacen sino seguir moviéndose dentro del marco del orden de dominación establecido. Es precisamente la dialéctica entre espontaneidad y organización la que lleva a los procesos históricos más allá de toda mecánica de inercia y de modos de pensar y obrar unilaterales y codificados. No sólo determina la ley del movimiento político emancipatorio de la clase proletaria, sino también la estructura de la teoría en cuestión, cuyo núcleo es la dialéctica materialista.

Si se usa, en este contexto, la palabra «espontánea», resulta ineludible enfrentarse con una objeción corriente. Espontaneidad, tal y como se manifiesta en las huelgas de masas, no es una espontaneidad «inmediata»,

trabajo de reproducción del texto que merece todos los respetos. Con todo, en el caso de tesis precarias, se pone en funcionamiento el viejo mecanismo: el artículo *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* es comentado, paralelamente, con base en las respuestas de Lenin que figuran en las notas correspondientes. Sigue oscuro, como estaba, un problema decisivo: el destino de Rosa Luxemburg en el marxismo-soviético, la cuestión de los condicionamientos sociales que han impedido, a pesar de la recomendación de Lenin, que sus escritos sean utilizados para la formación de generaciones enteras de comunistas. El marxismo sigue llevando hasta la fecha, casi con la misma firmeza, su carga de ciencia de legitimación.

sino que tiene continuamente una mediación, y esto en dos aspectos: por un lado, se puede hablar de comportamiento espontáneo de los mismos trabajadores cuando tienden a enfrentarse con el aparato burocrático de los partidos proletarios y de las organizaciones sindicales; comportamiento mediado por alguna forma de organización, con frecuencia por medio de las capacidades organizativas individuales adquiridas precisamente en el seno de aquellas organizaciones; despojar a la espontaneidad de tales elementos organizativos significa hacer de ella una pura abstracción. Por otro lado, la huelga espontánea de masas surge, en ciertas condiciones, y de forma necesaria, de la producción, del proceso material de la vida social; y está mediada por una serie de connotaciones del conjunto de la sociedad, determinadas por las contradicciones del modo de producción capitalista en un estadio concreto del desarrollo histórico. De modo que la efectividad política de la espontaneidad presupone también teoría, consciencia de totalidad.

Si la huelga espontánea de masas es entendida de esta forma, sin malentendidos, entonces no cabe duda de que es el centro de la dinámica interna de la actuación política y del pensamiento dialéctico de Rosa Luxemburg. Quien quiera desarrollar la dialéctica existente entre espontaneidad y organización tendrá que volver incesantemente a este punto de referencia constante de su teoría y existencia política.

I

El «luxemburguismo» se ha convertido, en la historia del movimiento obrero, en un concepto de lucha con el que se expresa una forma determinada de desviación izquierdista, en cuyo primer plano estaría el reproche de no reconocer el papel del partido y venerar la espontaneidad de las masas. No vamos a decidir aquí si el llamado luxemburguismo es o no, como dice Peter Netti, en última instancia, una función del leninismo. Lo que es cierto, me parece a mí, es que este concepto empieza a desempeñar

su función de denuncia sólo a partir del momento en que comienza la estalinización de los partidos comunistas de Europa occidental.

Ruth Fischer, víctima ella misma del proceso de bolchevización, nos habla del bacilo sifilitico que Rosa Luxemburg habría introducido en el KPD.

El « luxemburguismo » es, en esencia, un producto de las luchas fraccionales en el seno del PC soviético, en que la teoría revolucionaria de la que partían en sus controversias tanto Lenin como Rosa Luxemburg se convierte poco a poco en una mera teoría de partido (G. Pozzoli). Por lo que Stalin, en una carta de protesta a la redacción de la revista *Proletarskaja Rewuluzija*, metía a Rosa Luxemburg en el saco de los precursores ideológicos de Trotsky, combinando hábilmente ésta su afirmación con la acentuación de sus méritos revolucionarios; Stalin le achacaba la idea de la revolución permanente, «esquema utópico y semi-menchevique», «imagen desfigurada del esquema revolucionario marxista», cosa que era, ya en 1931, una condena.

Las polémicas en relación con Rosa Luxemburg, surgidas, abierta o veladamente, en torno a la cuestión de la importancia revolucionaria de la espontaneidad, han seguido siendo virulentas en los partidos comunistas a partir de 1926; en la fase de estalinización se ha querido acabar con el irritante problema «Rosa Luxemburg» diciendo de ella que, al final de su vida, había intentado corregir una parte esencial de sus errores. En la base de todo esto hay un malentendido. Rosa Luxemburg no cuestionó jamás su solidaridad práctica con el partido de Lenin, cuando éste estaba expuesto (sobre todo después de la Revolución de Octubre) a los ataques de la derecha, de los socialdemócratas y sindicatos y de los partidos burgueses. Como revolucionaria que era, se veía constantemente en *un* mismo frente junto a Lenin; pero esto no afectaba en absoluto a su crítica radical del partido leninista o de ciertos puntos del programa bolchevique.

Ernst Thälmann y otros comunistas alemanes han creído poder reclamar para sí a Rosa Luxemburg porque parten de la opinión de que ella, bajo la impresión de la Revolución de Octubre y con la fundación de un partido propio, no sólo se liberaba definitivamente del ambiente de la socialdemocracia alemana, sino que, prácticamente, reconocía y superaba, con su acercamiento a Lenin, sus anteriores errores izquierdistas; esta «recuperación» ha sido posible al pasar por alto el hecho de que ella apenas cambió nunca nada en lo que se refiere a su valoración fundamental de la importancia revolucionaria de la huelga de masas. Pues Rosa Luxemburg no había jamás pensado en una separación mecánica ni en una relación contradictoria entre espontaneidad y organización, como se intenta hacer creer con el reproche que se le hace al luxemburguismo; todo lo contrario. En su discurso del Congreso de fundación del KPD (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 437) es precisamente la falta de espontaneidad lo que ella critica en la revolución que se estaba desarrollando ante su vista, esperando el revivir de huelgas espontáneas que se convertirían en punto central de la revolución, al ser ellas la «forma extensa de la lucha por el socialismo». Y todavía hay más: cuando Rosa Luxemburg critica, en ese contexto, un socialismo por decretos, seguro que no se refiere únicamente a las mascaradas políticas de Ebert y Scheidemann, sino que se refería también a todo partido que no reconociera el carácter revolucionario de las acciones de carácter económico de las masas.

La lucha por el socialismo sólo puede ser conducida por las masas, en un combate directo, cuerpo a cuerpo, contra el capitalismo, en cada fábrica, en un combate de cada proletario contra su patrono. Sólo entonces será socialista la revolución. (...) El socialismo no es algo que se haga ni puede hacerse por decreto, ni siquiera por los decretos del mejor gobierno socialista. El socialismo ha de hacerse por las masas, por cada proletario. Allí donde están unidos a la cadena del capital, allí ha de ser destruida esa cadena (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 437).

Con esto se hace referencia a una forma de organización caracterizada por Marx, no ciertamente al azar, como «previous organisation», en una analogía con la acumulación originaria, que surge de las luchas directas

de carácter económico de la clase obrera, reuniendo las experiencias realizadas en el enfrentamiento cotidiano con el capital; a esta «previous organisation» se le ha colocado más tarde la etiqueta de mero sindicalismo, rebajándola a la categoría de una lucha apolítica de intereses. Marx, por el contrario, matiza mucho más a la hora de ver las relaciones existentes entre lucha económica y lucha política, como escribe a Friedrich Bolte, en carta del 23 de noviembre de 1871:

(...) el intento de forzar a un capitalista particular, en una sola fábrica o incluso en un solo ramo, a que reduzca el tiempo de trabajo por medio de huelgas, etc., es un movimiento de naturaleza puramente económica; sin embargo, el movimiento tendente a forzar una *ley* sobre la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento político. Y de esta forma es como surge por todas partes, de los movimientos aislados de tipo económico de los trabajadores, un movimiento *político*, es decir, un movimiento de *clase*, a fin de llevar adelante sus intereses de una forma comunitaria que posee la fuerza colectiva, que hace violencia social. Y si estos movimientos suponen una cierta organización *previous*, son, a su vez, igualmente, medios de desarrollo de tal organización.

Todavía un día antes de su muerte, Rosa Luxemburg corrobora su convicción de que las «luchas económicas» son «la verdadera fuerza volcánica que impulsa hacia adelante la lucha de clases revolucionaria» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 450).

El mismo Lenin se encuentra a mucha distancia de los inventores y críticos del luxemburguismo; el catálogo de «errores» de Rosa Luxemburg, incluido en las *Notas de un publicista*, probablemente el último trabajo de Lenin, contiene cuestiones referentes a la independencia de Polonia, la condena del menchevismo, la teoría de la acumulación del capital, entre otras, pero no se encuentra allí ni una sola palabra acerca del tema de la espontaneidad y de la huelga de masas³. A los ojos de Lenin, ta-

3 Lenin enuncia, en particular, los siguientes errores: «Rosa Luxemburg se equivocó en la cuestión de la independencia de Polonia, se equivocó, en 1903, en su valoración del menchevismo, se equivocó en la teoría de la acumulación del capital, se equivocó al hacer causa común, en julio

les errores conciernen únicamente a algunas cuestiones particulares, no cabe duda, cosa que apenas afecta al contenido substancial de la teoría luxemburguiana. Esta valoración de las concepciones de Rosa Luxemburg consideradas erróneas nos da a entender que, para Lenin, la cuestión de la organización no puede ser en absoluto resuelta con medidas de carácter técnico-organizativo, sino que es algo que debe ser tratado como una cuestión política que no permite respuestas desvinculadas de la concreta situación histórica y social.

Si nos referimos, hoy día, a Rosa Luxemburg e intentamos reconstruir su controversia con Lenin, la reasimilación de sus escritos se ve expuesta al peligro de una historiografía de tipo filológico, es decir, burguesa, o de una disputa escolástica sobre quién de los dos ha tenido o no razón. Sólo se puede salir al paso de este peligro si se es consciente de antemano del *interés gnoseológico político* de los escritos de Rosa Luxemburg.

II

Esta conferencia se encuentra bajo el lema: contribución de Rosa Luxemburg al pensamiento marxista. Se trata, pues, en la determinación de la actualidad de Rosa Luxemburg, de cuestiones de las luchas de clase actuales que siguen abiertas, a las cuales puede responder su obra acaso mejor que cualquier otra teoría socialista. A la clarificación de las posiciones teóricas y políticas actuales puede contribuir la controversia entre Lenin y Rosa Luxemburg en torno a la organización, a la importancia de las huelgas de masas y a la espontaneidad, etc., sólo en el caso de que se considere la relación entre espontaneidad y organización como algo en sí mismo histórico, sometido a la dialéctica de la historia; no hay

de 1914, con Plejanov, Vandervelde, Kautsky y otros, a favor de la unificación de los bolcheviques con los mencheviques, se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (corrigiendo ella misma, en gran parte, los errores al salir de prisión, a finales de 1918 y comienzos de 1919). Pero, a pesar de todos estos errores, R. Luxemburg era y sigue siendo un águila.» (Lenin, Vladimir, 1971, p. 195.)

una fórmula fijada de una vez para siempre y adecuada para cualquier situación. Pero, *sea cual fuere la situación social concreta que lo condiciona, lo cierto es que Lenin estudia fundamentalmente la estructura de los procesos revolucionarios desde el punto de vista de la organización, mientras que Rosa Luxemburg lo hace desde las perspectivas de la espontaneidad e iniciativa de las masas.* No se trata meramente de un énfasis distinto de las cosas, sino de una diferencia de principios, la cual determina la forma de pensar de ambos teóricos, hasta en los problemas lógicos y de conocimiento. Es un resultado de las concretas situaciones sociales, de los condicionamientos en que se desarrollan las luchas de clase: para Rosa Luxemburg, en un estado de confrontación permanente con el centro burocrático de Kautsky y con las tendencias reformistas del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos, aspectos ambos cuya fatal consecuencia fue que el aparato dirigente se alejaba cada vez más de las verdaderas necesidades e intereses revolucionarios de las masas; para Lenin, en una tarea de elaboración del hecho agobiante de que un proletariado todavía no completamente desarrollado tuviera que alcanzar y estabilizar su papel dirigente con respecto al campesinado y a las masas pequeño-burguesas. Esta lógica específica de la situación histórica y social penetra tanto en el pensamiento de Rosa Luxemburg y Lenin que sólo así se pueden comprender los esfuerzos de ambos por asumir, elaborar y generalizar las experiencias hechas en la lucha emancipatoria de la clase obrera del otro país. Como es sabido, Rosa Luxemburg adquirió casi todas sus ideas concretas acerca de la huelga de masas a partir de los acontecimientos en Rusia, mientras que Lenin, a su vez, destacaba hasta 1914 el carácter modélico de organización que tenía la socialdemocracia alemana.

Rosa Luxemburg entiende la huelga de masas como una forma de expresión, espontánea, elemental y creadora, de las experiencias y necesidades de los trabajadores. Según ella, los momentos de espontaneidad que actúan en toda huelga de masas refutan no solamente la convicción que tienen desde los anarquistas hasta los burócratas sindicales de que se puede instrumentalizar la huelga de masas y utilizarla como un instrumento

político del que echar mano en todo momento. Rosa Luxemburg formula, más bien, a la vez que pone a la huelga de masas en el centro de su teoría política, *su* forma de comprender la dialéctica materialista, como el «método de pensamiento específico del proletariado ascendente y con consciencia de clase» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 129). *Su concepción* de la dialéctica marxista presenta una coloración especial; ella vuelve a hacer suya la exigencia de Marx de ir de lo abstracto a lo concreto, que es un movimiento del pensamiento que se contrapone a la totalidad de las formas tradicionales de pensar en Europa... y que ve resurgir no sólo en la socialdemocracia alemana, sino incluso en la concepción que Lenin tenía del partido. Rosa Luxemburg tenía poco que ver con la enemistad hacia la filosofía, con la «renuncia a todas las filosóficas urdimbres cerebrales» de su amigo Franz Mehring, como tampoco dirigió su atención al desarrollo sistemático de una serie de categorías dialécticas que fueran apropiadas para la formación de una visión cerrada del mundo. Y esto no se debe solamente, con toda seguridad, a la historia individual de su formación. Para ella dialéctica es, como dice Hegel, el método, la forma, la consciencia del automovimiento de su contenido. Bajo este punto de vista no cabe duda de que tiene razón Jürgen Hentze al decir que «sus pensamientos fueron recopilados en forma de “sistema” precisamente cuando de lo que se trataba era de construir un sistema de errores, en el que ocupa un puesto importante la “teoría de la espontaneidad” de Rosa Luxemburg» (Hentze, Jürgen, s/f, p. 1). Por todo ello, el modo como ella lleva a cabo el análisis de las relaciones sociales y de las luchas de clase no está dirigido *hacia arriba*, hacia las ideas, los programas, las directrices de la organización, los comités centrales; los conceptos analíticos de la crítica de la Economía Política son dirigidos, más bien, *hacia abajo*, abiertos a las experiencias reales de las masas y de los individuos.

Lelio Basso ha caracterizado con exactitud este punto nuclear de la concepción luxemburguiana sobre la dialéctica:

(...) la obra de Rosa Luxemburg consiste, de hecho, en su preocupación por dejar penetrar en la viva lucha de clases el método dialéctico de Marx,

no haciendo de él únicamente un método de interpretación de la historia y un análisis de la sociedad de su tiempo, sino un método dirigido a la acción de las grandes masas que intervienen en la configuración consciente del futuro. Rosa Luxemburg concebía la realidad y la historia dialécticamente, como lo hacen muy pocos marxistas (Basso, Lelio, 1967, p. 19).

Claro que, en este punto, se plantea la cuestión, enteramente justificada, de si el programa de Rosa Luxemburg --abrir las categorías de la crítica de la Economía Política hacia abajo, a las experiencias y acciones reales de las masas-- se realiza precisamente allí donde más debiera: en su escrito sobre *La acumulación del capital*. Para dilucidar esto se necesitaría de algunas explicaciones más amplias.

Son conocidas las conferencias de introducción de la Economía Política que ella pronunciara, con el propósito de popularizarlas, en la escuela del partido. Pero no se trata de una divulgación cuando se habla de una apertura de las categorías de la crítica de la Economía Política a las experiencias de las masas.

Al parecer, poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial, la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, pensada como contribución a una explicación económica del imperialismo, chocó con un rechazo casi unánime de los «especialistas» de la ortodoxia marxista, bajo la dirección de los austromarxistas y de Kautsky. A esta crítica del análisis de la acumulación hecho por Rosa Luxemburg se unían más tarde, por diversos motivos y con resultados desiguales, los leninistas, poniéndose a dicha teoría la etiqueta de «teoría del subconsumo», ya objeto de burla por parte de Marx. Recientemente, Ernest Mandel ha recuperado de nuevo, en su libro sobre el neo-capitalismo, la problemática de aquellas controversias, volviendo a conciliar otra vez a Rosa Luxemburg con sus críticos; todos ellos caen en un error fundamental: la falsa valoración de la función gnoseológica del esquema de reproducción que aparece en el volumen II de *El Capital* (sobre todo en los capítulos 18-21). Tales esquemas de reproducción son, según Mandel, completamente inútiles para el estudio de las leyes dinámicas del capital o de la historia del capitalismo,

incluyendo, por tanto, su fase imperialista. La función de los esquemas de reproducción no consiste en demostrar la existencia de las crisis, impulsos expansivos y hundimientos del capitalismo o las desproporciones entre las dos esferas: por un lado, la de la producción de los medios de producción y, por otro, la de la producción de los bienes de consumo. Más bien tienen la función contraria: explicar por qué se da un crecimiento completamente normal, en general, y esto a pesar de la anarquía de la producción de mercancías en una sociedad en que los poseedores de los medios de producción van a la caza de superbeneficios, en que determinan la vida económica millones de decisiones de compra y venta independientes entre sí. «La función de los esquemas de reproducción es, pues, la de demostrar las posibilidades de existencia del modo de producción capitalista.» (Mandel)

Se precisaría de un análisis especial para ver si la formulación de la teoría imperialista está o no de acuerdo con la verdad, en la crítica y desarrollo de los esquemas de reproducción de Marx. Lo que nos importa aquí es solamente la tendencia metodológica del análisis luxemburguista. Su lucha va dirigida contra el epigonismo que encontraba en los «especialistas del marxismo oficial» de la II Internacional. Esta gente había llevado la teoría marxiana, sobre todo por lo que se refiere a los esquemas de reproducción, a unas fórmulas extrañas a la vida y a la realidad, en las que ellos ensayaban su agudeza matemática o filológica. Quizás sea correcto decir que Marx trabaja, en el análisis de la reproducción, sobre todo de la reproducción *ampliada* del capital total, con simplificaciones y abstracciones metodológicas. La más importante de tales abstracciones sería la de suponer una sociedad totalmente capitalista, una sociedad en que no habría más que capitalistas y trabajadores asalariados. ¿Pero se puede utilizar el esquema *lógico* para explicar un estadio del desarrollo *histórico* del capitalismo? Ciertamente que no. ¿Pero por qué causa no ha entendido Rosa Luxemburg este pensamiento elemental de Marx? Son sus intereses gnoseológicos de carácter político los que le impiden seguir por la vía de la separación entre los análisis histórico-empíricos y los lógico-sistemáticos; vía trazada por los peritos del marxismo. Es, por tanto,

necesario, plantear «el estudio de la acumulación como proceso total sobre la base concreta del metabolismo existente entre el capital y su contexto histórico» (Luxemburg, Rosa, 1966, p. 399). Lo central del análisis de Rosa Luxemburg gira en torno a la determinación de la función de los elementos no capitalistas, del contingente de estratos y grupos precapitalistas, en la periferia de los países colonizadores. El capitalista choca, en sus intentos por realizar la plusvalía capitalista, con las fronteras trazadas por la limitación del consumo en el mercado interior. Rosa Luxemburg ve el punto débil del análisis de Marx en su estudio del proceso de acumulación como si se tratara de un «sistema cerrado», y constata, frente a esto, el hecho de que el capitalismo no sólo aparece en un medio social no capitalista, sino que incluso se desarrolla en él; Marx tiene en cuenta este hecho refiriéndose a la «acumulación originaria», pero no a la época del capitalismo maduro.

En tanto el capitalismo pueda seguir devorando substancia no capitalista mediante la colonización de otros países y regiones del propio, mediante la violencia y la creación de nuevos mercados, seguirá siendo capaz de reproducirse a una escala ampliada, de acumular a niveles cada vez mayores. La fase en que el capitalismo pueda crear el mundo a su imagen significaría al mismo tiempo su última hora. Se estancaría, cesaría de ser vehículo histórico del desarrollo de las fuerzas productivas, alcanzando finalmente sus límites históricos; pues es imposible la acumulación en un medio social exclusivamente capitalista.

Rosa Luxemburg reconoce muy bien la dimensión revolucionaria del desarrollo desigual; una sociedad penetrada totalmente por el capital, en la que sólo hubieran trabajadores asalariados y capitalistas, no la puede ella asociar con el pensamiento de una estructura de necesidades de consumo más o menos autónoma, producida y reproducida continuamente sobre una base capitalista. Las capas consumidoras que realicen la plusvalía que sirve a la acumulación tienen que venir, según su opinión, de regiones no capitalistas. Esto no está de acuerdo ya con la situación del capitalismo monopolista de la actualidad. Pero la problemática de

la asimetría, articulada por Rosa Luxemburg, sigue vigente; tanto para regiones y sectores de producción subdesarrollado como para el Tercer Mundo. Es característica del imperialismo, como la forma última de lucha competitiva por la dominación capitalista mundial, la

vuelta de la lucha decisiva por la expansión desde las regiones que constituyen su objeto hacia los países de origen. Con ello, el imperialismo repatriaría la catástrofe como forma de existencia, de la periferia del desarrollo capitalista en que estaba, a su punto de partida (Luxemburg, Rosa, 1966, p. 480).

La dialéctica histórica que Rosa Luxemburg evidencia en sus escritos políticos, en el marco de la producción capitalista, en los fenómenos de la huelga de masas y de las organizaciones proletarias, sería la lógica del capital, pero no la del desarrollo concreto histórico, es decir, referido a la praxis revolucionaria. Históricamente, las relaciones capitalistas se ven obligadas a trabajar en lo que es su contrario: en los elementos no capitalistas, contingentes con respecto a la lógica del capital. A nivel histórico-universal, Rosa Luxemburg localiza, con toda razón, las revoluciones sociales en las zonas de choque entre el capital y formaciones sociales precapitalistas; todas las revoluciones sociales autónomas que se han dado hasta la fecha se desarrollan en esas regiones.

(...) Desde el primer momento del desarrollo capitalista, el impulso de expansión a capas y países no capitalistas, la ruina del artesanado y del campesinado, la proletarianización de los estratos medios de la población, la política colonial, la política de “descubrimientos”, la exportación de capital. La existencia y el desarrollo del capitalismo sólo ha sido posible por medio de una expansión constante hacia nuevos dominios de producción y nuevos países. Pero la expansión lleva, en su empuje universal, al choque entre capital y formaciones sociales precapitalistas. De ahí la violencia, la guerra, la revolución, en una palabra: la catástrofe; la catástrofe como elemento vital del capitalismo, del principio al fin (Luxemburg, Rosa, 1966, p. 478).

Pero tampoco aquí funciona algo de forma mecánica; la cuestión de si este punto de la catástrofe es o no alcanzado depende de la consciencia y disposición combativa del proletariado. Así, se presenta también en este punto, para Rosa Luxemburg, la alternativa histórica: «Hundimiento de la cultura o bien paso a un modo de producción socialista» (Luxemburg, Rosa, 1966, p. 480).

Es una especie de instinto materialista el que libra a Rosa Luxemburg de *aplicar* todo el andamiaje de las categorías dialécticas –sobre todo las de la crítica de la Economía Política– de un modo puramente *externo a las relaciones existentes*, como formas sin vida, liberándola así de reproducir inconscientemente aquel dualismo entre concepto y realidad, entre teoría y praxis, que caracteriza al pensamiento burgués.⁴ El que este dualismo no pudiera ser superado mediante un salto filosófico de identidad era, para Rosa Luxemburg, algo completamente natural; consciencia sigue siendo *ser consciente*, teniendo, pues, por objeto la materialidad del mundo... Está fuera de toda duda, para ella, el hecho de la importancia, real y epistemológica, del mundo exterior, con el que los teóricos del conocimiento como espejo hacen tanto ruido. Pero ella se limita a caracterizar el principio del pensamiento materialista, no las formas que

- 4 Rosa Luxemburg hace, como Lenin, un trabajo de recuperación de la teoría social de Marx, y ambos apuntan a lo esencial: restablecimiento del contenido revolucionario de la dialéctica materialista. Esta reactivación del contenido revolucionario de la teoría de Marx no va ligado enteramente, en su significado, a los productos literarios. Karl Korsch previene, y con razón, contra la ingenua concepción de que el revolucionario práctico está siempre a la altura de su consciencia «literaria», y por lo tanto en situación de aplicar de forma consecuente en toda cuestión la teoría desarrollada y el método dialéctico. Korsch cita la afirmación de Marx, tomada de *Las luchas de clase en Francia*, en que éste atribuye a la clase revolucionaria, tan pronto como se haya alzado, la capacidad «de encontrar *directa e inmediatamente*, en su propia situación, el contenido y material de su actividad revolucionaria: abatir a los enemigos, tomar las medidas impuestas por las necesidades de la lucha; las consecuencias de sus propios actos la hacen avanzar. Y no inicia indagaciones teóricas acerca de sus tareas». Korsch mantiene el momento de lo inconsciente, de lo no-teórico, en el plano de la acción, como elementos de una dialéctica immanente, inconsciente y natural. Frente a éste, entra en funcionamiento, ya en Thalheimer, una penetrante glorificación de la aplicación del método dialéctico-materialista a los problemas más sencillos; por ello se habla luego de un «empleo genial» del método por parte de Lenin, de Stalin, etc.

realmente presenta. La estructura contradictoria de la dinámica material de las cosas y las relaciones no se revela mediante la supresión del sujeto gnoseológico, o por la mera copia de los fenómenos, sino precisamente por medio de su extrema tensión en el análisis y en la observación; de la que no hay que separar de forma alguna la parte *subjetiva* de la historia cultural individual, a pesar de la necesaria intersubjetividad para un conocimiento objetivo. Rosa Luxemburg aclara esto en el cambio funcional que se da en la misma huelga de masas:

Así, la dialéctica histórica, la roca sobre la que descansa toda la teoría del socialismo marxista, ha dado lugar a que en la actualidad el anarquismo, con el que siempre estuvo indisolublemente ligada la idea de la huelga de masas, se oponga a la práctica de la huelga de masas mientras que por el contrario, la huelga de masas, que fue combatida como lo opuesto al enfrentamiento político de la clase obrera, aparece hoy como el arma más poderosa en la lucha política por la obtención de derechos políticos. Por lo tanto, si es cierto que la revolución rusa hace pertinente una revisión a fondo del viejo punto de vista del marxismo con respecto a la huelga de masas, no lo es menos, a su vez, que solamente el marxismo, sus métodos y puntos de vista generales, se alzan en este punto con la victoria bajo una nueva forma (Luxemburg, Rosa, 1977, pp. 145-146).

El pensamiento idealista no es para Rosa Luxemburg una orientación puramente filosófica que quedaría suficientemente caracterizada por unos determinados supuestos en la teoría del conocimiento, por ejemplo, acerca del status de un mundo exterior independiente de la consciencia; el pensamiento idealista caracteriza un estado de cosas la mayoría de las veces enteramente cotidianas pero políticamente ricas en consecuencias. Rosa Luxemburg indicó siempre la necesidad de la autonomía, iniciativa, trabajo organizativo independiente por parte de las masas, hasta en su último y fragmentario escrito sobre la Revolución de Octubre, del que ella se retracta confidencialmente; y todo para salir al paso frente al peligro de que se abriese, entre la dirección del movimiento, las organizaciones, los comités centrales, y el rumbo del movimiento real de las masas, un abismo que ya no pudiera volver a cerrarse, ni siquiera en situaciones

revolucionarias explosivas en las que el sistema de dominación de clase se viera en trance de desaparición; un abismo siempre abierto, sirviendo de amenaza a la realización de los fines últimos del socialismo. Cuando Rosa Luxemburg declara resueltamente la guerra, por una parte, al oportunismo y al revisionismo de la socialdemocracia y del movimiento sindical alemanes infectados por el «cretinismo parlamentario», y, por otra, al ultracentralismo de la concepción leninista del partido, no son más que dos caras de la misma moneda lo que está en cuestión y el punto de partida es el mismo; en ambos casos, ella teme que se abra un abismo entre organización y espontaneidad, entendiendo «espontaneidad» no meramente como la forma en que surge una huelga, sino como algo en torno a lo cual se aglutina todo aquello que constituye las esperanzas, los deseos, las necesidades de cada uno de los proletarios en la praxis diaria; algo que se refiere al cómo se agrupan y organizan todos estos elementos en experiencias que mueven a la acción... sin que se meta por medio el «maestro» que ella tanto odiaba, es decir, sin un adoctrinamiento de las masas que venga de fuera.

Rosa Luxemburg no analizó en detalle esta estructura intrapsíquica del proletariado, determinada por la sociedad de clases; lo que sí hizo fue indicar la dirección de la problemática, cosa que era de fundamental importancia ya en 1914, pero, sobre todo, con respecto a la génesis del fascismo. Pues si no se *politizan* los intereses y las necesidades cotidianas de las personas, si no se rompen todos los días las cadenas del alienante modo de producción capitalista allí donde se encuentren, en la fábrica, en la familia, en la escuela, en el tiempo libre, etc., si no se llega a una actividad auténticamente colectiva, entonces faltará la base material, la cimentación de la consciencia de clase; y ésta es sumamente frágil en cuanto pura consciencia, en cuanto capacidad intelectual de penetración en la estructura de la sociedad de clases y en la misión histórica del proletariado.

Tenemos que trabajar a partir de la base, lo que corresponde precisamente al carácter de masas de nuestra revolución, cuyos objetivos van a los

fundamentos mismos de la constitución social; corresponde al carácter de la revolución proletaria en acto que tengamos de subvertir el poder político no por arriba sino por abajo (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 447).

La fórmula «trabajar a partir de la base» se repite incesantemente. Cosa que no la convierte nunca, en ninguna acción espontánea de los trabajadores, en sospecha de anarquismo, pues los anarquistas, según ella, actúan exactamente igual que los blanquistas, por arriba, por lo menos en cuanto se consideran como propagandistas de la acción. Dicha formulación va dirigida, en el contexto aludido, contra la idea de que se podría derribar el poder oficial siguiendo el modelo de la revolución burguesa, cambiando únicamente el personal que ejerce la dominación, pero va todavía más allá. Para Rosa Luxemburg el carácter fundamental y necesariamente democrático de las organizaciones proletarias y la estructura democrática de la revolución socialista, presente hasta en la dictadura del proletariado, son no sólo postulados que resultan de la tarea de emancipación de los hombres de la opresión y explotación, sino que tienen también un fundamento metodológico. Toda organización o movimiento proletarios que no sean democráticos entran en contradicción con la dialéctica materialista y llevan, de una forma u otra, al fracaso, incluso en el caso de que se logre la conquista revolucionaria del poder.

III

Qué signifique esta vinculación de pensamiento materialista y democracia proletaria se puede ver en la génesis del fascismo, así como también, con signos contrarios, en algunas tendencias de las luchas de clase de la actualidad. Mientras que, en el período prefascista, los partidos socialdemócratas y comunistas se referían todavía con orgullo a las masas trabajadoras y al proletariado consciente dispuesto siempre a la lucha, estas masas se movían ya, en realidad –y no solamente las masas pequeño-burguesas–, en una dirección totalmente contraria. Se puede objetar que las razones de este fenómeno habría que descubrirlas mediante un

detallado análisis social, basándose en la peculiaridad de las relaciones materiales entonces existentes. Esto es cierto. Pero aquí se trata ante todo de un punto para el que las teorías marxistas influidas por el marxismo soviético están ciegas: el psicoanálisis como una ciencia materialista y, en relación con él, los procesos intrapsíquicos del proletariado, como hechos materiales que son todo menos indiferentes con respecto a la política de clase. Pues las organizaciones construidas con tanto arte y que son expresión de grandes sectores sociales, como «sociedades en la sociedad», no carecían en absoluto de disciplina y organización del contexto vital de los proletarios. Lo que faltaba, en esta disciplina y férrea organización, era algo que hubiera servido para la elevación del poder combativo de los trabajadores conscientes de su clase: *el momento de articulación libre y espontánea de las necesidades* y de confirmación autónoma y colectiva, una forma de *autorregulación* que fuese poco a poco alejando al proletario, desde la educación infantil hasta las huelgas de masas, de las influencias políticas, ideológicas, psíquicas, de las clases dominantes. Si no es así, seguirá intacto todo el aparato psíquico de cada individuo, la vinculación a la autoridad, las angustias existenciales, acuñadas por la familia burguesa, el proceso de producción, el Estado, y será fácilmente utilizable por parte de la derecha política; y esto seguirá así mientras la disciplina y autodisciplina de las organizaciones siga constituyendo un elemento nuclear de la represiva moral burguesa, aunque la nueva disciplina esté bajo un signo distinto. La única posibilidad de romper esta red de conexiones alienantes consiste en ir disolviendo, por medio de un ejercicio cotidiano, la vinculación a la autoridad externa en que se encuentra la gente proletaria, incluso respecto a su propia organización; en dejar libre la fantasía organizativa de las masas. Una organización proletaria se diferencia, fundamentalmente, de otra burguesa en lo siguiente: en ella es la *emancipación individual* un elemento esencial de la estrategia de su lucha.

Rosa Luxemburg se ha dado perfectamente cuenta de la ambivalencia de este concepto de disciplina, en la que el elemento cooperativo y solidario se transforma en seguida en un poder autoritario alienante, externo o

incluso interiorizado, cuando las acciones proletarias pierden las bases de su autorganización espontánea. *Por una parte*, ella entiende la huelga de masas como manifestación sobresaliente de una época de lucha de clases que tiene que llegar necesariamente, determinada por el estadio en que se encuentra el desarrollo capitalista; época que asigna a la socialdemocracia el papel de «esclarecer a la consciencia de la clase obrera esta tendencia del desarrollo, a fin de que los obreros estén a la altura de sus tareas, como una masa popular formada, disciplinada, madura, decidida y activa» (Luxemburg, Rosa, 1969, p. 16), y Rosa Luxemburg no vincula al azar esta forma de disciplina solidaria a la actividad espontánea de las masas que la precede y que es su fundamento material. *Por otra parte*, critica con una aspereza que si entonces, históricamente, estaba fuera de lugar, preveía con exactitud tendencias que más tarde se harían realidad, como el intento de Lenin por convertir la disciplina en elemento central de la organización. «No es partiendo de la disciplina que le impone el Estado capitalista –con la nueva transferencia de la batuta de manos de la burguesía a un comité central socialdemócrata–, sino rompiendo y desarraigando ese espíritu de servil disciplina como podrá el proletariado ser educado para una nueva disciplina: la autodisciplina voluntaria de la socialdemocracia» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 533).⁵

No basta dar otra función –socialista– a la disciplina que se ha impuesto al proletario en la sociedad burguesa para acabar con su marca de clase;

- 5 Cuando Lenin en *Estado y Revolución*, defiende a Marx de la sospecha de una interpretación federalista de la Comuna de París, muestra ciertamente de forma adecuada el componente centralista del análisis de Marx que va dirigido contra los proudhonistas (por cierto, en contradicción con la forma *histórica* de la Comuna). Marx no es partidario del federalismo, que era a sus ojos como un reflejo del sistema alemán. Sin embargo, conoce muy bien la relación entre disciplina y centralismo. Una disciplina rígida es para él, como para Engels, expresión de un movimiento sectario, no del movimiento proletario de clase. Para toda organización proletaria vale lo que él dice, contra Schweitzer, en una carta del 13 de octubre de 1868, con respecto a una organización centralista de las Trade-Unions. Leemos allí: «Y si fuera posible una organización centralista de los sindicatos –yo lo tengo, sencillamente, por imposible–, no sería deseable, por lo menos en Alemania. Aquí, donde el trabajador es disciplinado con procedimientos burocráticos desde niño, donde cree en la autoridad, en sus superiores, de lo que se trata es, sobre todo, de enseñarle a andar por su cuenta, con autonomía.»

como tampoco se puede, simplemente, tomar tal como es el Estado burgués por la clase proletaria y ponerlo al servicio de sus intereses. Está fuera de cuestión para Rosa Luxemburg el que la disciplina sea imprescindible para la lucha de emancipación proletaria; pero ella pone como presupuesto el que «se desarraigue ese espíritu de servil disciplina», la erradicación práctica de todas aquellas estructuras de pensamiento y conducta inculcados a la fuerza y en parte interiorizadas, en la fábrica, la familia, el cuartel, la burocracia, que han penetrado profundamente en el contexto vital del proletario. Sin avanzar en la praxis antiautoritaria, es más, sin ir por el camino de la fantasía política de una izquierda radical, un «desarraigo» así no será posible. Tiene vigencia, para este aspecto de una política revolucionaria, la frase de Marx: «Cada paso de movimiento real que se dé es más importante que una docena de programas». El sentido duradero de los movimientos de protesta más recientes estriba precisamente en haber comprendido esto.

Rosa Luxemburg había señalado, siempre desde *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, aparecido en «*Iskra*», que el partido de Lenin, organizado conforme a los principios del centralismo democrático, se había visto obligado a asumir –al tener que operar en las condiciones de retraso social en que Rusia se encontraba– *tareas suplementarias, y, en parte, distintas* de las que tenían que desempeñar los partidos socialistas en países altamente industrializados. Lenin mismo confirma cuánto tiene que ver con uno de los puntos centrales de la concepción leninista del partido la frase de Rosa Luxemburg: el partido [ruso] debe crear, justamente, «la materia prima política que en otro caso prepara la sociedad burguesa» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 527). «Negar, bajo una perspectiva comunista», el pensamiento y la disciplina del partido significa, dice Lenin,

dar un salto, de un estadio previo al hundimiento del capitalismo (en Alemania), hasta remontarse no a la fase más baja o la fase media, sino hasta la fase más alta del comunismo. (...) Superar las clases no sólo es echar a los terratenientes y capitalistas –esto lo hemos hecho nosotros con

relativa facilidad-, es eliminar también a los pequeños productores de mercancías; pero a éstos no se les puede echar, no se les puede oprimir, se tiene que arreglar uno con ellos. (...) Rodean al proletariado por todas partes con una atmósfera pequeño-burguesa, lo penetran, le desmorallizan con ella, hacen surgir continuamente, dentro del proletariado, recaídas en la falta de carácter de tipo pequeño-burgués, en la desintegración, en el individualismo, pasando del entusiasmo al desánimo y viceversa. En el seno del partido político del proletariado es necesaria la más rígida centralización y disciplina, para poder oponerse a todo esto, para poder llevar a cabo correctamente, con éxito, el papel organizador del proletariado (su papel primordial) (Lenin, Vladimir, 1954, p. 691).

De esta determinación de las funciones que competen al partido surgen, para el tipo de partido bolchevique, dos tareas importantes que le son características, las cuales sirven precisamente para la producción de lo que Rosa Luxemburg llamara «materia prima política», no producida en Rusia por la burguesía, a excepción de algunos pocos centros industriales. La *primera* consiste en el mantenimiento de la identidad organizativa y la posición dirigente de un proletariado industrial rodeado de una agobiante mayoría de campesinos y pequeños productores de mercancías y continuamente amenazado, tanto política como ideológicamente; la *segunda* es el pensamiento del partido, compendio de disciplina y moral de rendimiento y que anticipa, en miniatura, normas y formas de comportamiento que resultaban imprescindible de cara al proceso de industrialización que estaba en vísperas de iniciarse en Rusia, a nivel de toda la sociedad. Es evidente que el aviso de Lenin, referente a las peligrosas consecuencias de la supresión de la «disciplina férrea» y de un ir adelante cerrado y tenaz vale sólo para una sociedad en que la inmensa mayoría de la población tiene todavía que aprender las reglas de la disciplina laboral impuestas por el desarrollo capitalista en el curso de una larga historia de violencias y en un proceso de interiorización y educación.

Estas condiciones se han transformado claramente en las sociedades capitalistas avanzadas, mucho más allá de lo descrito por Rosa Luxemburg. La moral industrial de rendimiento se ha convertido –en comparación

con el grado alcanzado por las fuerzas productivas, la capacidad de organización autónoma de la clase obrera y la riqueza social disponible- en un medio adicional de dominación, en instrumento de «*surplus repression*» injustificable ya por el mecanismo de la producción. Tal moral de trabajo ha perdido toda legitimación histórica, la legitimación que, todavía en el siglo XIX, podía deducirse de la necesidad de desarrollo de las fuerzas de producción. Es en sí algo frágil y quebradizo, como lo demuestra de forma renovada cada huelga, cada negativa al trabajo, cada iniciativa ciudadana.

Es característico de la situación histórica del movimiento obrero el que se crean elementos organizativos espontáneos, orientados en la vía de las necesidades de emancipación de las masas, bien en forma de grupos aislados con organización propia, bien en movimientos de base que frecuentemente se convierten en una fuerza revolucionaria dentro de los mismos partidos; y es éste un fenómeno que se da allí donde se sigue aferrado tenazmente al tipo de partido de eficacia probada en la Revolución de Octubre, pero cambiado radicalmente, ya en la época del estalinismo, a favor de los momentos de centralismo que él mismo entrañaba. Y todo esto -que se puede observar desde hace unos diez años en casi todos los países capitalistas e incluso en países del Tercer Mundo- tiene que ver sólo metafóricamente con el radicalismo de izquierdas de tipo pequeño-burgués que Lenin tenía ante sus ojos; se trata más bien de un indicio de que hoy día ha cambiado la estructura de los procesos revolucionarios; de que éstos han asumido rasgos de una praxis descentralizada, en mucha mayor medida de lo que hubiera sido imaginable todavía en los años veinte de nuestro siglo.

IV

Marx ha dicho que los principios teóricos de los comunistas no son más que expresiones generales de relaciones que, de hecho, se dan en una concreta lucha de clases, expresiones generales de un movimiento

histórico concreto. La característica que más llama la atención en las actuales luchas de clases en los países industrializados es la huelga de masas. Se trata de «huelgas salvajes», de abandonos espontáneos del trabajo que, partiendo de unos pocos puntos en que la situación de explotación es especialmente agobiante, se reproducen como aludes en acciones de la clase obrera y de otros grupos de la población asalariada. Son huelgas espontáneas que, en la República Federal Alemana y en otros países, muestran cada vez con más claridad la siguiente tendencia: la tendencia a *minar* la política oficial de los gobiernos socialdemócratas ligados a los intereses del capital; tendencia a *minar* todo el aparato sindical comprometido, por medio de convenios a largo plazo, en defender un proceso de producción y valorización del capital de posibles perturbaciones; tendencia a plantear exigencias de autonomía, que se refieren tanto al incremento de los salarios como a la superación del alienante proceso de producción vigente y al fortalecimiento del control obrero.

Desde el debate en torno a la huelga de masas de 1900, la opinión unánime de los partidos socialdemócratas, y más tarde también la de los comunistas y la de los dirigentes sindicales, era de que una *superación privada de la propiedad privada* resultaba imposible y de que la huelga de masas sólo podía ser un medio político de carácter defensivo, de defensa de los derechos ya alcanzados por la clase obrera y de desmantelamiento de instituciones democráticas; en la actualidad, la huelga de masas comporta dos nuevos elementos: la creciente resolutivez en orden a la toma de posesión espontánea de los medios de producción, en la medida en que la riqueza social, producida por las masas y que se percibe palpablemente, ofrece cada vez menos posibilidades de justificación de los «estrechos cimientos» de este modo de producción; y, segundo, la voluntad de articular y avanzar en las propias necesidades e intereses, cosas que cada vez resultan más difíciles de reprimir por medio de maniobras de distracción con respecto a la propia situación de clase, por medio de la educación o por medio de las ideologías del bien común. Ambos elementos expresan, en esta su espontaneidad, en este su carácter directo e inmediato que prescinde frecuentemente de las mediaciones sociales e

históricas, un factor de impaciencia revolucionaria; pero se convierte en algo cada vez más constitutivo del mismo proceso revolucionario. Son formas de acción encaminadas a la *emancipación individual*, que ya no se dejan aplazar hasta la hora de después de la revolución.

En un terreno diferente y con distintos presupuestos, los movimientos de protesta de los jóvenes y estudiantes, así como el Mayo francés, han mostrado, por medio de ocupaciones espontáneas de fábricas y casas, que tales ocupaciones cuestionan el poder de disposición capitalista sobre las condiciones de producción y de vida incluso aunque la intervención de la policía y el ejército haya vuelto las cosas a su sitio, y ello ha ocurrido no sólo mediante programas y estrategias, sino mediante una praxis política, mediante una actividad constitutiva ella misma de un estado de cosas. ¿De qué otra forma, si no, pueden aprender los trabajadores a apropiarse la realidad de la que se les ha alienado? ¿Cómo, si no es haciendo estallar continuamente cosas, relaciones humanas, circunstancias dominadas por la lógica y violencia del capital, ya en esta sociedad concreta para lograr así hacer visibles y disponibles las posibilidades humanas que en todo ello se encierra? Citaré a continuación algunos ejemplos: si la clase obrera chilena tiene, en sus luchas sangrientas, alguna posibilidad de causar a los militares y a sus poderosos protectores americanos una derrota semejante a la sufrida por los Estados Unidos en el Vietnam será porque ha alcanzado un alto grado de autoconsciencia, de politización de sus intereses y de decisión combativa a lo largo de un proceso que, bajo el sistema de doble poder que adoptó la forma de ocupaciones espontáneas de fábricas y tierras, puede servirle como punto de partida para el control del proceso de producción y de las acciones militares. Y la acción ejemplar de los productores de relojes de Lip, en Besançon, es un foco inicial de formas de lucha laboral basadas en la autogestión que cada vez están más extendidas, siendo la autogestión, en ellos, no sólo un fin, sino también un estadio de la lucha de clases. Formas de acción que no se remontan a iniciativas de ningún género de partidos u organizaciones, pero que pueden convertirse, como dice Rosa Luxemburg, en un «febril trabajo de organización». Esto hubiera sido condenado, todavía

hace diez años, como una aventura anarquista por parte de los partidos y sindicatos oficiales.

Pero en esta sociedad no hay ninguna región liberada, ninguna isla de autogestión. Korsch ha calificado a los Consejos –y de algo parecido a los Consejos se trata en estas acciones– de órganos de autoformación de la clase obrera. Siendo ellos, ya antes de la transformación revolucionaria de toda la sociedad, no sólo modos de organización de la autoformación, sino también órganos de control de la lucha y el poder de la clase obrera; y, en cuanto tales, se ven continuamente en peligro y no sólo, evidentemente, en un período prerrevolucionario. Lo que Rosa Luxemburg dice sobre los Consejos de obreros y soldados durante la Revolución de Noviembre es algo que se refiere a problemas de carácter general con que se enfrentan los órganos representativos de la clase obrera; órganos de representación que sólo se pueden definir en relación con sus tareas históricas específicas, pero no por lo que se refiere a su estructura organizativa. En el Congreso de fundación del KPD, Rosa Luxemburg decía:

Las masas aprender a ejercer el poder en la medida que lo ejercen de hecho. No hay otro medio para aportarles ese conocimiento. Felizmente hemos dejado ya atrás los tiempos en los que de lo que se trataba era de enseñar el socialismo al proletariado (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 446).

Pero añadiendo:

Debemos hacer los preparativos a partir de la base, debemos darles a los consejos de obreros y soldados un poder tal que cuando el gobierno Ebert-Scheidemann u otro similar sea derrocado ése sea el acto final. Así la conquista del poder no será cosa de una sola vez, sino algo progresivo consistente en apoderarnos del Estado burgués hasta disponer de todas las posiciones, defendiéndolas con uñas y dientes. (...) Porque de lo que se trata es de luchar paso a paso, sin treguas, en todos los Estados, en todas las ciudades, en todos los pueblos, en todas las comunas por traspasar a los consejos de obreros y soldados los medios de poder del Estado, medios de poder que se conseguirán arrancándoselos trozo a trozo a la burguesía (Luxemburg, Rosa, 1977, pp. 445-446).

De esta manera, la cuestión del poder se plantea como una lucha cotidiana que se enfrenta a la alternativa: o *bien* seguir impulsando la revolución, hasta la conquista del poder de la sociedad en su conjunto por parte de la clase obrera, o *bien* la contrarrevolución, con lo que la lucha va poco a poco tomando una posición tras otra... y esta agudización de la lucha de clases supondrá una amenaza para el movimiento de consejos en su conjunto. Pero aquí no se presenta el problema del giro reformista, de la integración, en el sistema de dominación vigente, de formas de organización similares a las de los consejos (consejos de delegados, grupos de base, comités, cordones, etc.), problema que hoy se plantea sobre todo en los países capitalistas.

Hay pocos teóricos de partidos o representantes sucedáneos de partidos de tipo sectario que no saquen a relucir este reproche de la integración; cuanto más sectarios, más testarudos son, más convencidos de que la lucha no puede ser llevada posición tras posición, por medio de grupos de base y otras formas de organización, que, en la actual correlación de fuerzas, no desempeñan más que tareas parciales (por ejemplo, de autoformación y control); para ellos, en cambio, la lucha y la formación sólo representa un trabajo de preparación para la «gran batalla», en la que la vanguardia tomará la «dirección».

Quisiera hacer algunas observaciones de principio al respecto. Toda reforma, todo cambio parcial del sistema de dominación establecido tiene, en tanto subsistan las condiciones de producción y valorización capitalistas, una función contradictoria, ya se trate de la conquista de nuevos derechos o de la defensa de los ya adquiridos, de la consecución del derecho de autogestión y cogestión o de la «humanización» de la producción, cosas todas ellas logradas por la clase obrera o bien introducidas por el mismo capital con vistas a un incremento de la productividad. Esta función dual y contradictoria de la reforma consiste en que puede servir tanto para integrar y suavizar la lucha de clases como también para sentar las bases de nuevos conflictos, para agudizar la lucha.

Cuando el ya famoso estudio Hawthorne de la Western Electric Company de Chicago recomendaba, allá por los años treinta, permitir contactos informales de grupos dentro del proceso de producción en la fábrica, se hablaba, en la ideología oficial, de una «humanización» del mundo del trabajo; pero, en realidad, de lo que se trataba era de una elevación de la productividad laboral. Algo semejante pasa hoy día, con la superación del taylorismo: desde que la Volvo, en la producción de automóviles, intentara eliminar el trabajo en cadena, sustituyéndolo por una forma de trabajo más artesanal basada en el montaje de partes ya acabadas, han surgido muchos imitadores. Y la razón es, como siempre, la creciente posibilidad de explotación de la fuerza de trabajo que el nuevo sistema depara, sobre todo reduciendo el porcentaje de absentismo. La consecuencia es una identificación más fuerte con el trabajo, o sea, una paralización del espíritu combativo.

Pero éste no es, sin embargo, más que una cara del problema. El capitalismo produce continuamente necesidades que luego no puede satisfacer plenamente. Así es como aquellos «espacios de autonomía» conseguidos por los trabajadores dentro del proceso de producción actúan siempre en un sentido de reducción del miedo, de robustecimiento de la autoconsciencia y las aspiraciones de los obreros. Si se quisiera interpretar estos procesos como una estabilización, exclusivamente, del capitalismo, entonces habría que suponer que éste puede hacerse inmune a las crisis por medio de cambios en la producción y reformas sociales. Esto equivaldría a ignorar las experiencias históricas y significaría que en lugar de un análisis de la sociedad estaríamos realizando mitología política.

La creciente consciencia de los trabajadores, en orden a controlar ellos mismos y organizar autónomamente el proceso productivo, se revela tan pronto como se dan signos, por pequeños que sean, de crisis en la producción y valorización del capital. En tales situaciones explosivas, pueden ser arrastrados incluso otros sectores de la clase obrera, por ejemplo, los obreros del sur de Italia, que viven en una agobiante situación tradicional y que chocan con normas y exigencias de comportamiento

impuestos por la industria del norte completamente distintas a las suyas. Para que este tipo de situaciones adquirieran una dimensión social revolucionaria, es necesario evidentemente un consecuente trabajo de base que aumente la capacidad de articulación política de los trabajadores dentro de las organizaciones en las que ellos, a pesar de su crítica, se sienten representados: en los sindicatos.

Configúrense como se quiera las formas de organización orientadas a la autogestión, autodeterminación y control, a la democracia proletaria de los trabajadores, todas ellas son *formas de emancipación de los explotados y oprimidos de este mundo*. Y los partidos y organizaciones que no hagan de ellas su base y parte constitutiva abandonan la vía de la democratización proletaria.

En este punto Rosa Luxemburg ha formulado un programa histórico de la más viva actualidad hasta el día de hoy. El modelo de la democracia de los consejos se discute por todas partes, en todos los países capitalistas industrializados. Se ha acallado progresivamente la romántica admiración por el sistema de autogestión obrera de Yugoslavia; se está convencido de que los soviets revolucionarios de la Revolución de Octubre no son transportables, sin más, a sociedades de un alto nivel de industrialización. Si es evidente, por tanto, que ningún orden social existente es organizable conforme a la idea originaria de los consejos, ¿por qué no han perdido ya desde hace mucho tiempo su actualidad? ¿Se trata de una minoría de fanáticos, de irredomables utópicos, que de vez en cuando pasan a ocuparse de ello? ¿Son gente que ignora las leyes objetivas de las sociedades industriales? No. La idea de la autogestión por medio de consejos gana siempre terreno allí donde los sistemas oficiales de dominación llevan en sí el germen de la catástrofe, donde las autosuficientes burocracias de partido u órganos representativos del Estado burgués no están ya en condiciones de defender ni siquiera los intereses elementales de la inmensa mayoría de la población. La pronta referencia al fracaso de la República de los Consejos de Munich, a la supresión de los soviets en Rusia, a las tendencias de burocratización de la autogestión obrera

yugoslava, no representan base alguna para una objeción concluyente contra la idea de democracia directa. Incluso las más avanzadas de las democracias necesitan siglos para imponerse; es improbable que el establecimiento de democracias socialistas que quieran superar la dominación política como esfera separada de las relaciones vitales de la sociedad necesite de menos tiempo.

V

Ya hemos dicho que en Rosa Luxemburg no se da una alternativa abstracta entre espontaneidad y organización; todo depende de la concreta mediación histórica existente. Sin embargo, la concepción luxemburguiana de la organización muestra qué cerca están los fenómenos históricos citados de su teoría de la sociedad; acontecimientos históricos que, naturalmente, no pueden ser reducidos todos ellos a un común denominador, pues en cada caso sería preciso hacer un análisis del contexto social global del país respectivo. En este punto, como en todos los referentes a las tesis de Rosa Luxemburg, se trata sobre todo de matices y en parte pueden surgir grandes malentendidos por el hecho de querer encerrar el pensamiento dialéctico de Rosa Luxemburg en esquemas de definiciones lógicas. Conforme a estas definiciones formales, el partido sería el compendio de una serie de características que se mantienen idénticas a través de todas las situaciones y que identifican a todo partido proletario. La no definibilidad de los conceptos verdaderamente históricos –algo típico de la gran filosofía idealista– es una cosa que se da tanto en Rosa Luxemburg como en Lenin. Y esta imposibilidad de plasmar en una definición conceptos históricos es aplicable, sobre todo, a la organización y al partido. Lukács ha caracterizado la organización como una *forma de mediación entre teoría y praxis*; cosa que, considerada más de cerca, significa todavía un factor mecánico de realización en la praxis de una teoría tenida como verdadera de una vez para siempre, si es que se concibe la teoría como síntesis de la plena consciencia de la totalidad social y de la misión histórica del proletariado. Para Rosa Luxemburg en cambio, la

organización es la *forma de mediación entre ser social y consciencia*. Organización, partido, socialdemocracia, he aquí grados de mediación en los que son asimiladas las teorías revolucionarias del movimiento obrero, se hacen conscientes las actividades revolucionarias de las masas y se encamina cada paso real dado hacia la meta final, esto es, el final de la dominación de clase. Rosa Luxemburg concebía la socialdemocracia –sinónimo, en aquel entonces, de partido– más como un *proceso* que como una bien entramada estructura institucional.

El movimiento proletario no se ha hecho, tampoco en Alemania, socialdemócrata de una vez, *se hace* socialdemócrata cada día, cuando supera las desviaciones opuestas del oportunismo y el anarquismo, que no son sino momentos diferentes del movimiento socialdemócrata entendido como *proceso* (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 135).

La organización enmarca, estructurando y, en cierto modo, anticipando, la serie de experiencias y formas de lucha del proletariado, haciéndolas conscientes e impulsando sus elementos revolucionarios, con respecto a la meta final de la lucha de clases. «La táctica de lucha de la socialdemocracia en sus rasgos principales no se “inventa”», constata Rosa Luxemburg, sino que

es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha de clases experimentales y a menudo elemental. También aquí lo inconsciente, la lógica del proceso histórico objetivo va por delante de la lógica subjetiva de sus portadores (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 535).

Un tal concepto de organización no encaja con movimientos casuales y pasajeros, sino que presupone la dialéctica entre la identidad y la no-identidad, entre el inmutable objetivo final revolucionario y las experiencias, variables y no previsibles, de las masas; o sea, que implica una fina sensibilidad ante los cambios, tendencias, conflictos que condicionan, frenando o impulsando, el proceso revolucionario.

Espontaneidad y organización no guardan entre sí una relación puramente externa, sino que contienen ambas una dialéctica que les es inmanente.

Cuando se intenta aislarlas y establecer entre ellas una llana identidad se pone de manifiesto en su movimiento histórico real que cada una de ellas puede cambiarse en su contraria. Si la organización proletaria se separa de las masas (lo cual no quiere decir, en absoluto, que pierda miembros o electores), entonces se producen casi necesariamente acciones espontáneas de los trabajadores, las cuales pueden volverse incluso contra ella misma, como lo muestra el caso de los obreros de los astilleros de Danzig; su huelga «salvaje» fue condenada, y reprimida al principio, por considerársela contraria a los trabajadores, pero, finalmente, el Partido Obrero Polaco destituía a sus principales dirigentes y confesaba abiertamente el distanciamiento burocrático del partido respecto de las masas. Si se separa la espontaneidad de la fuerza organizativa de la clase obrera se cae de nuevo en el fetichismo organizativo de grupos sectarios (por ejemplo, en Alemania, el grupo Baader-Meinhof y otros), o bien en el mecanismo de protestas –tan pronto inflamadas como apagadas– de grupos que no están dispuestos ni son capaces de tomar a su cargo la responsabilidad ni de un trabajo teórico a largo plazo como tampoco de un trabajo de organización práctica.

Rosa Luxemburg luchó durante toda su vida en dos direcciones: de un lado, contra el oportunismo burocrático y, de otro, contra las estrategias de tipo sectario que llevan al aislamiento con respecto a las masas. También era completamente extraña a su persona aquella mentalidad burocrática, de «aparato», aquel miedo radical a las organizaciones estructuradas según el modelo burgués, con su presidencia y su bien ordenada jerarquía, que ve una amenaza en toda acción no iniciada o controlada por el partido. Su confianza en la capacidad de experiencias que tienen las masas incluía la convicción de que éstas podían incluso corregir sus propios errores. «Los pasos en falso dados por un movimiento obrero revolucionario real son mucho más valiosos que toda la infalibilidad de los mejores “comités centrales”»

A esto se añade que el «instinto revolucionario» y la lógica de la concreta situación histórica someten, incluso a gente doctrinaria, a leyes de

actuación que desbordan sus bien acabados programas. Engels había revelado, en su Introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia* de Marx, esta conexión entre programa y praxis real a propósito del comportamiento de los proudhonistas y blanquistas mayoritarios en la Comuna de París:

Pero lo que causa todavía más admiración es ver lo mucho que, con todo, fue hecho por la Comuna constituida a base de blanquistas y proudhonistas. Siendo, naturalmente, responsables sobre todo los proudhonistas por lo que se refiere a los decretos de tipo económico de la Comuna, en lo bueno y en lo malo, mientras que, en cuestión de acciones y omisiones políticas, fueron los blanquistas los responsables. Y en ambos casos, quiso la ironía de la Historia –como es corriente, siempre que gente doctrinaria maneja los remos– que tanto los unos como los otros hicieran lo contrario de lo prescrito por su escolástica doctrina. (Engels, Friedrich, 1977, p. 196)

Rosa Luxemburg no concibe el partido como una compacta institución que sería el único centro activo del proceso revolucionario, sino como un proceso donde se conservan las experiencias colectivas y las distintas iniciativas organizativas de la clase obrera, donde se hacen conscientes, se impulsan y se dirigen, con ayuda de la dialéctica materialista, hacia su meta final.⁶ «Organización, esclarecimiento y lucha no son momentos separados, mecánica y también temporalmente escindidos como en

- 6 También en este punto es completamente falso abrir una fosa entre Lenin y Rosa Luxemburg; lo que les diferencia es la diversidad de la situación histórica de cada uno de ellos, situación que lleva las mismas intenciones a resultados totalmente diversos (por ejemplo, por lo que se refiere al centralismo democrático). Pues lo que Rosa Luxemburg criticaba en el comité central de Lenin no le era a éste desconocido. A veces Lenin aparece como un auténtico espontaneísta; pero el partido de Lenin no siguió siendo lo que era cuando él estaba a su cabeza. Las frases siguientes, de su libro *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*, aparecido en 1920, podrían ser muy bien de Rosa Luxemburg: «La historia en general, la historia de la revolución en especial, es siempre más rica en contenido, más variada, más polifacética, más viva, “más astuta” de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más progresistas. Y esto es comprensible, pues las vanguardias mejores dan expresión a la consciencia, al querer, a la pasión, a la fantasía de diez mil, mientras que la revolución es realizada, en momentos de especial empuje y tensión de todas las capacidades humanas, por medio de la consciencia, el querer, la pasión, la fantasía de docenas de millones, espoleados por la más aguda lucha de clases.» (Lenin, Vladimir, 1954, p. 739).

un movimiento blanquista» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 531), sino que constituyen más bien una unidad contradictoria, son aspectos diferentes de un mismo proceso dialéctico. No puede hacerse de Rosa Luxemburg, como muchos han intentado hacer, una ilustrada idealista que cree posible superar la sociedad de clases con la simple convicción; pero también es cierto que el *pathos* de la Ilustración imprime un carácter tan fuerte a su pensamiento político que resulta perceptible incluso en sus reflexiones sobre la organización. Así, por ejemplo, es de la opinión de que la lucha contra el oportunismo en el partido proletario y en los sindicatos es esencialmente una lucha intelectual que no puede decidirse con medidas de tipo organizativo. En general siente una profunda aversión por las expulsiones del partido o por las medidas disciplinarias (su solicitud de expulsión de Bernstein del partido es totalmente atípica); acaso tuviera ella ya un presentimiento de las liquidaciones físicas que más tarde, en nombre de la dictadura del proletariado, vinieron vinculadas a tales medidas disciplinarias y expulsiones del partido.

Esta posición antiburocrática caracteriza ya su temprana polémica con Lenin. Pues para Rosa Luxemburg no se trata de una controversia abstracta sobre problemas de organización, ni de una defensa –como dice Lenin en su réplica– de los «principios elementales de cualquier sistema de cualquier organización de partido pensable» (Lenin, Vladimir, 1971, p. 480), sino de la dirección política, mediada por la organización y en condiciones sociales concretas. Si es posible hacer generalizaciones a partir de las determinaciones del contenido histórico y de las tareas de la organización, entonces se podría reducir al principio formal pero rico en consecuencias políticas: las organizaciones proletarias tienen que ser construidas desde abajo, de una forma coherentemente democrática, para que puedan cumplir sus tareas históricas.⁷

7 Una tal determinación del partido por sus tareas, no por meros principios organizativos, se encuentra también en Lenin, si bien con una pretensión de dirección que Rosa Luxemburg negaría decididamente. «¿Qué se ha de entender bajo la expresión de minoría organizada? Si esta minoría es consciente, realmente, de su clase, si sabe dirigir a las masas, si es capaz de dar

Lo único que el partido de la lucha de clases consciente, es decir, la socialdemocracia e incluso los sindicatos, siempre que estén en el terreno de la lucha de clases, puede hacer “por voluntad propia” es intentar darse cuenta de antemano de las condiciones históricas, sociales, políticas que hacen necesaria la aparición de tales formas de la lucha de clases, para participar *conscientemente* en el desarrollo y marchar a la cabeza en la dirección considerada como históricamente necesaria. (Luxemburg, Rosa, 1972, p. 581)

Rosa Luxemburg no ha puesto nunca en duda que en la lucha por el poder sea necesario un partido proletario; pero la respuesta a la cuestión organizativa sólo puede surgir, para ella, del ámbito de una autoorganización espontánea de las masas. El partido es, ciertamente, un «factor importante, pero solamente *un* factor entre muchos» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 151). Es verdad que Rosa Luxemburg ha subvalorado la influencia de las organizaciones burocráticas, que bloquea la capacidad de experiencia y de desarrollo de las masas, porque estaba convencida de que las burocracias parasitarias y sus jefes serían barridas por el primer asalto de las masas trabajadoras. Es también verdad que hizo una valoración completamente equivocada de la cuestión campesina, a la que Lenin intentó responder con la consigna –difícilmente justificable bajo un punto de vista puramente socialista– de «¡Toda la tierra a los campesinos!»; porque en el contexto de la primera revolución socialista históricamente lograda, ella lo había considerado todo desde la perspectiva de la meta final del socialismo y no a partir de las posibilidades reales del desarrollo revolucionario concreto. Ningún poder hubiera podido salir victorioso en el enfrentamiento con los marcados intereses privados de los campesinos rusos, con sueños multiseculares de poseer su propia tierra; no había más remedio que dar, primeramente, satisfacción a estas aspiraciones, con vistas a incluir de forma activa a los campesinos en el proceso revolucionario; y acaso Rosa Luxemburg pasó por alto también la importancia

respuesta a toda cuestión actual... entonces es, en el fondo, un partido» (Lenin, Vladimir, 1971, p. 67).

y la necesidad del partido bolchevique en determinadas fases de la Revolución de Octubre, sobre todo para acabar con la contrarrevolución.

Pero atribuir a Rosa Luxemburg una concepción organicista de la revolución ligada a anteriores revoluciones burguesas, como intenta hacer el primer Lukács en su enérgica manera de liberarse de su pasado de crítico de lo cultural y de demostrar su identidad de leninista puro, en su controversia con las notas críticas de Rosa Luxemburg sobre la Revolución de Octubre escritas en prisión, es completamente falso. Y es precisamente en el escrito del que Lukács quiere extraer su crítica donde se encuentra algo muy distinto de ideas orgánicas sobre los procesos revolucionarios.

La situación verdadera de la revolución rusa al cabo de pocos meses se agotaba en esta alternativa: triunfo de la contrarrevolución o dictadura del proletariado; Kaledin o Lenin. Esta era la situación objetiva, la situación que en toda revolución se presenta muy pronto, una vez pasada la primera borrachera y que en Rusia resultó de las candentes cuestiones concretas de la paz y de la tierra para las cuales no había solución en el marco de la revolución burguesa. (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 561)

¿Qué hay de organicista en esta valoración de la situación decisiva de antes y de la época de la Revolución de Octubre? ¿Dónde está lo *burgués* en esta concepción de la revolución dado que Rosa Luxemburg dice exactamente lo contrario? Sólo hay una respuesta para esta y otras cuestiones semejantes: esta primera crítica a Rosa Luxemburg contiene ya gérmenes de un marxismo degenerado a *ciencia de legitimación*. Una crítica con estas características no se centra nunca sin reservas en la cosa criticada, sino que está siempre *por encima de* la cosa, critica posiciones que el atacado no ha sostenido, se preocupa laboriosamente de corroborar y legitimar las propias decisiones, en las que se percibe coacción y violencia. Tampoco a Lukács le interesa comprender a Rosa Luxemburg en el marco de su propia actividad, a partir de su propio sistema de referencias, teórico y práctico, sino demostrar, utilizando el ejemplo de Rosa Luxemburg, la «verdad» del leninismo. Y esta forma de argumentación, siempre establecida *a priori* mediante axiomas históricos, como lo ha definido

Stalin, es, hasta hoy, algo típico por lo que respecta a las polémicas con Rosa Luxemburg. Para refutar este reproche de la concepción organicista de la revolución, parece oportuno citar precisamente a partir de aquel escrito que es objeto de la crítica de Lukács. Rosa Luxemburg comprende aquí con toda claridad la situación de la revolución:

La revolución rusa no ha hecho en este sentido sino confirmar la enseñanza fundamental de toda gran revolución, cuya ley de vida reza: o bien se avanza con toda rapidez y decisión apartando con mano de hierro todos los obstáculos que se interfirieran en su camino, proponiéndose siempre metas más elevadas o al cabo de poco tiempo se verá rechazada por detrás de sus más débiles puntos de partida para ser luego aplastada por la contrarrevolución. Detenerse, remachar un mismo clavo, conformarse con lo conseguido en el primer momento, son cosas que no caben en la revolución. Y quien quiera trasplantar esas sabidurías de estar por casa propias de la batracomiomaquia parlamentaria a la táctica revolucionaria, lo único que demostrará es lo extraña que es para él la psicología, la ley de vida misma de la revolución, así como que toda la experiencia histórica sigue siendo para él un libro cerrado con siete llaves (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 561).

Es justamente esta dialéctica entre espontaneidad y organización la que determina la ley de la revolución. Y esta forma de ver las cosas lleva a Rosa Luxemburg a una tajante crítica de las ideas de Kautsky sobre la «apocalíptica huelga de masas», que no sería en absoluto precedida por un período de luchas económicas y políticas de masas en que la clase obrera se forma, se prepara, se anima en su resistencia, y a criticar también la idea de los procesos revolucionarios como algo que se desvincula por completo de sus fundamentos democráticos. Quien ponga en el mismo plano la estructura democrática de los procesos revolucionarios y las formas organicistas, podrá probar fácilmente que Rosa Luxemburg es culpable de una imperdonable sobrevaloración de lo «orgánico» en la conducta revolucionaria. Por el contrario, a Rosa Luxemburg importa en primer lugar la activa participación de las masas en tales movimientos. Y no cabe duda de que la creación de los soviets, que se remontan a la

experiencia de la Revolución de 1905, no fue resultado de ninguna iniciativa de partido, si bien éste tuvo sobre ellos –en un sentido plenamente luxemburguista– una influencia configuradora. La consigna de Lenin «todo el poder a los soviets», se basaba en el hecho de que éstos eran, propiamente, los verdaderos portadores del poder político en el país.

Actualmente, la proliferación de formas de organización revolucionaria está tan extendida que lleva *ad absurdum* toda pretensión de monopolio que pueda tener un tipo particular de partido. Los comités del Mayo francés, los consejos en Italia y en Alemania, las comunas españolas, los «cordones industriales» de la clase obrera chilena, el partido de Mao, fundido directamente con el ejército de liberación nacional, la Revolución cubana, etc., son formas distintas de organización práctica, organismos de trabajadores, como Marx los define refiriéndose a la Comuna de París de 1871 y a la edificación de toda la sociedad y del Estado, *que nadie se hubiese podido imaginar en tiempos anteriores*; si bien es verdad que conectan con modelos y experiencias del pasado, en el fondo son formas de expresión insustituibles de las experiencias políticas y de la historia de liberación de las masas caracterizadas por la concreta situación histórica y social del país respectivo.

Allí donde los partidos y los sindicatos no se hacen cargo de este elemento básico de autoorganización espontánea, se ven precisados –en la actualidad con una regularidad sorprendente– a jugar un papel de mero control y disciplina. Estas organizaciones comienzan hoy día a separar, en las acciones de masas, el elemento político-organizativo, que éstas entrañan, de la base de experiencia de las masas, para pasarlo de nuevo entre las masas en forma de directrices, desde fuera, si es que las acciones espontáneas no se dispersan con rapidez o se dejan reprimir por medidas de tipo administrativo o, incluso, en determinados casos, por otras de carácter policial o militar. El motivo de esta forma de actuación estriba, evidentemente, en el hecho de que los partidos proletarios de cuño marxista soviético parten todavía hoy día del supuesto de que, a largo plazo, las acciones históricamente eficaces son sólo el resultado de iniciativas

del partido. Pero no hay ni un solo ejemplo en la historia del movimiento obrero que demuestre claramente que estas concepciones no han llevado, al fin y al cabo, al fracaso. Rosa Luxemburg se cuenta entre los pocos combatientes revolucionarios de Europa occidental que no ve en la auto-crítica una forma de autocorrección suficiente de las decisiones, necesaria para impedir el distanciamiento del partido con respecto a las masas; consideraba, más bien, como mecanismos objetivos las tendencias burocráticas a las que está sometida incluso una organización revolucionaria, si actúa en una sociedad basada en la producción de mercancías y bajo condiciones hostiles; se trata de una abstracción del valor que se expresa por medio de leyes, reglas y decisiones técnicas y que amenaza la existencia de toda organización despegada de las masas.

VI

Sería una inadmisibles simplificación de la teoría de Rosa Luxemburg tratar como un problema especial, de igual entidad que otros, la cuestión de la huelga de masas y sobre todo la relación entre espontaneidad y organización que en ella se desarrolla; característico, en Rosa Luxemburg, es, más bien, el que su forma de renovar y vivificar la dialéctica de Marx no consista sólo en la unión de una reflexión lógico-sistemática con otra de tipo histórico, postulado frecuentemente evocado pero no solucionado en el análisis concreto. Rosa Luxemburg va mucho más allá: su pensamiento consiste en la asimilación de categorías lógicas y gnoseológicas a las leyes dinámicas materiales de la praxis proletaria. Espontaneidad y organización son principios a la vez de un pensamiento consecuentemente dialéctico y del movimiento histórico de la clase obrera; son categorías de la realidad, objetivas determinaciones del pensamiento que impregnan tanto la estructura de los procesos sociales como la del pensamiento emancipatorio.

La consideración de la totalidad, por ejemplo, que con razón Lukács considera como la diferencia esencial entre un modo de pensar marxista y

otro burgués, es algo que proviene de la tradición del idealismo alemán. Y Lukács la corrobora, volviéndola a poner sobre sus pies, en un suelo materialista, en una forma de organización histórica específica, si bien generalizada, y que él la hace impermeable a las influencias cosificadoras y burocráticas de la producción capitalista de mercancías. El fundamento de la visión de la totalidad no es en Rosa Luxemburg ni una imaginaria substancia de clase –como el proletariado en cuanto sujeto histórico– ni tampoco una organización; es la misma clase obrera o, por decirlo más exactamente: *una esfera pública proletaria* (Negt, Oskar y Kluge, Alexander, 1972), frente a la que debe demostrarse qué teoría y qué organización está o no de acuerdo con las experiencias que en ella toman forma. Hay muchas referencias en Rosa Luxemburg respecto a lo que ella entiende por esfera pública proletaria –aunque, por lo que yo sé, no lo utiliza nunca explícitamente–, como una categoría de la experiencia política y de la formación de la consciencia de clase. Esta esfera pública proletaria, en la que las derrotas y los errores pueden ser transformados en ideas productivas y experiencias que impulsen el avance, se caracteriza por el hecho de que no conoce el mecanismo de exclusión, típico de la esfera pública burguesa, por medio del cual se separan del conjunto de intereses públicos, como algo *privado*, sectores esenciales de la vida como son el de la producción y el de la socialización (la educación). Resulta algo completamente extraño al pensamiento de Rosa Luxemburg la mentalidad de grupo que ella descubre en la socialdemocracia alemana: tratar de convertirse en una potencia cada vez más fuerte e imbatible mediante un aumento cuantitativo, por medio de elecciones e incremento de sus afiliados; ella entendía muy bien que una comunicación social libre es una necesidad vital para individuos socializados. La esfera pública proletaria que no se puede precisamente aprehender empíricamente, que no indica un simple marco de las opiniones del proletariado pero que tampoco representa la más alta instancia organizativa, sino que indica el centro de un proceso orientado a la producción de experiencias, aparece como la única instancia decisiva que Rosa Luxemburg había reconocido; no puede ser objeto de definición, pero determina decisivamente el

contenido real de la lucha proletaria. La teoría de Luxemburg, enfocada a penetrar todos los sectores esenciales de la vida de la sociedad, no deja nada que no sea ocupado por la voluntad proletaria de transformación. Es una teoría que expresa el carácter de proceso del pensamiento de la totalidad, el cual, en forma de generalidad concreta, totalidad concreta, es la barrera con que topa el pensamiento burgués.

Este aspecto de la esfera pública proletaria, vinculado a la producción de experiencias, se manifiesta en muchos pasajes de los escritos de Rosa Luxemburg. Ni en la guerra se da una situación de excepción que limite el contenido de la expresión; es más bien una situación en que el proletariado debe practicar precisamente una política de clase autónoma, en el sentido de una defensa contra una posible agresión, de forma similar al ejército revolucionario francés que derrotó a los ejércitos unidos de la Restauración; un aparato militar no está constituido sólo por oficiales, no es un bloque monolítico, impenetrable, sino que está formado también por «proletarios encerrados en uniformes». Si no puede pensarse que los estratos y grupos sociales en los que domina el elemento burgués o la ideología burguesa no pueda ser en absoluto susceptible de ser influido por parte del movimiento proletario, también es cierto que el proletario no posee sólo características proletarias. Rosa Luxemburg concibe de una forma productiva la totalidad social concreta, superando toda consideración delimitadora y aislante que subsuma las cosas bajo conceptos generales, sustrayéndolos así a la corriente de su propio movimiento, autónomo y espontáneo, y este modo de considerar la totalidad es, por ejemplo, una de las razones por las que Rosa Luxemburg, severa crítica de la socialdemocracia reformista, no extrae durante mucho tiempo ninguna consecuencia de tipo organizativo de su crítica, porque no quiere marginarse sin motivo de la corriente principal del movimiento socialista; o por lo que ella habla de una «utilización revolucionaria de la Asamblea Nacional», mientras ve en los consejos de trabajadores y soldados la única forma posible y adecuada del poder proletario.

Rosa Luxemburg parte de la convicción de que todas las relaciones, cosas o personas, que no sean ocupadas por el pensamiento y la voluntad proletarias lo serán por el adversario. Por eso el hecho de que la Revolución de Noviembre haya sido una revolución política y urbana significa que el enemigo posee reservas contrarrevolucionarias en el sector económico y en el campo. «Para nosotros ya no hay ahora un programa mínimo y un programa máximo; el socialismo es una y la misma cosa; he aquí el mínimo que debemos conseguir en la actualidad.» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 429) Es, por tanto, plenamente consecuente si no puede imaginarse un socialismo en un *solo* país, sino que ve sólo en la difusión de la revolución alemana o revolución mundial del proletariado la base «sobre la cual construir el edificio del futuro».

VII

Esta estructura de la opinión pública proletaria, dirigida a la comprensión de la totalidad de las esferas de la vida social, está en abierta contradicción con la coacción sistemática tanto del sistema positivista como del idealista, en que las cosas son jerarquizadas y catalogadas conforme a principios lógico-formales, y también en contradicción con aquellas concepciones del mundo en las que, desde los tiempos de Kautsky, hay respuesta para cada pregunta que se formule. Apenas existe una teoría marxista que comprenda con tanto rigor como Rosa Luxemburg la relación entre fetichización y organización, racionalidad burocrática y pensamiento lógico-formal que clasifica y, por tanto, controla personas y cosas. Las formas puramente lógicas son formas muertas, modos de expresión del poder, sobre todo en los tiempos modernos, del poder del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Estas formas de pensamiento entrañan la tendencia –incluso cuando son utilizadas en interés del proletariado– a conformarse a las necesidades funcionales del capital, a la lógica del capital. Rosa Luxemburg ve con toda claridad que un pensamiento marxista precisa, si no quiere limitarse a ser una mera legitimación u organización de las relaciones existentes, de un *elemento antisistemático*,

espontáneo, de relación con la realidad; es decir, necesita de un momento que Lukács reúne en la categoría de lo nuevo y que echa de menos en la sociedad productora de mercancías.

Es verdad que Rosa Luxemburg habla con frecuencia de la lógica de las cosas que hace necesario esto o lo otro, pero ella se refiere, con ello, a algo contingente, casual. La materialidad de las cosas y de los movimientos reales no se resuelve en el concepto; es, en el plano gnoseológico, el sistema kantiano con el cual el pensamiento dialéctico debe continuamente medirse a fin de no ser víctima de ilusiones. Es la «lógica de la situación histórica», en que se da toda una constelación de factores que incluye también los factores contingentes. Con su fórmula «¡Socialismo o barbarie!», Rosa Luxemburg no sólo designa un programa político, sino que se vuelve también contra toda forma de lógica optimista del progreso, que minimiza las derrotas en vez de comprenderlas y para la que la victoria es algo asegurado, como la consumación del espíritu absoluto en Hegel. El derrumbe total, la barbarie, el hundimiento de *las dos clases* en lucha no es para ella una posibilidad abstracta, sino una alternativa siempre presente. La represión de que ha sido objeto este pensamiento materialista consecuente de Rosa Luxemburg en la historia del movimiento obrero me parece a mí uno de los motivos por los que en Alemania el pensamiento *marxista* no comprendiera a fondo la inminente catástrofe de 1933.

Sin un entramado de espontaneidad, sin una ruptura con conceptos ya dados previamente, de esquemas y conductas organizadas, no es posible un pensamiento materialista, pero sí un pensamiento lógico-formal. Espontaneidad era, en la filosofía clásica del idealismo alemán, el concepto opuesto a receptividad, al inevitable impacto de una percepción sensible; espontaneidad es el pensamiento organizado, actividad del sujeto en el proceso del pensamiento-trabajo y esfuerzo del concepto. Uno de estos «momentos» debe tener cabida en toda teoría dialéctica de la sociedad. La clase burguesa puede manipular la espontaneidad, puede crear pretextos para movilizar a las masas, puede traer cosas nuevas al mercado

como propaganda. Pero en el seno de una opinión pública proletaria este factor de la espontaneidad significa algo cualitativamente distinto. Cuando Rosa Luxemburg dice que *libertad es siempre libertad del que piensa de otra manera* esto no es una vuelta al liberalismo, sino un elemento de una opinión pública proletaria que no puede limitarse a reproducir y aclamar decisiones, programas dictados, direcciones de pensamiento que han sido fijadas. El otro, el que piensa de otro modo, el no convencido de la causa del socialismo, pero que, por razón de su situación, es susceptible de comprenderla, este otro, en sus múltiples formas, no es algo que se pueda eliminar del mundo con la simple violencia; constituye, más bien, la resistencia, la ley de gravedad de las relaciones materiales con que tiene que enfrentarse toda teoría marxista si no quiere caer en una ontología completamente abstraída de esas relaciones materiales o en una coacción idealista del sistema en que sólo puede ser subsumido lo homónimo, es decir, donde predomina, en el fondo, el principio de la unificación.

La independencia con respecto a las directivas del partido, que fijan decisivamente lo que es verdadero o falso, importante o casual históricamente, vale también, y de forma especial, para la configuración de la teoría misma. Ya Engels destacaba, en una carta escrita el 1.º de mayo de 1891 a Bebel, *la autonomía del trabajo teórico* con respecto al partido, autonomía que para Rosa Luxemburg era un elemento natural del pensamiento marxista. Cito esta larga carta porque en ella se evidencia cómo el modo de producción teórico de la clase obrera no se identifica, en absoluto, con las resoluciones del partido, sino que tiene por el contrario que conservar, con respecto al mismo, un cierto grado de autonomía, de consciente libertad de movimiento, para poder cumplir a largo plazo incluso su función dentro del partido, en la lucha de emancipación del proletariado. Dice Engels:

Desde que habéis intentado impedir por la fuerza la publicación del artículo (un artículo que no estaba de acuerdo con la opinión sustentada por la dirección del partido, O.N.) e hicisteis llegar a *Die neue Zeit* amenazas

de que, en caso de reincidencia, acaso sería también absorbido por el partido y sometido a censura, en este caso se me apareció bajo una luz muy peculiar el hecho de que el partido se esté haciendo con la totalidad de vuestra prensa. ¿En qué os diferenciáis, entonces, vosotros de Puttkamer, si introducías en vuestras propias líneas una ley antisocialista? A mí, personalmente, me da casi lo mismo, ningún partido en ningún país puede condenarme al silencio cuando estoy decidido a hablar. Pero yo quisiera haceros pensar si no haríais mejor en ser algo menos sensibles y, en el actuar, algo menos... prusianos. Vosotros –el partido– *necesitáis* de la ciencia socialista, ésta no puede vivir sin libertad de movimiento. Las contrariedades hay que saberlas encajar, y lo mejor es hacerlo con compostura, sin ponerse a dar respingos. La tensión –por no hablar de un abismo– entre el partido alemán y la ciencia socialista sería un infortunio y una vergüenza sin igual. Es lógico que la dirección, que tú personalmente, tengáis y conservéis una importante influencia *moral* sobre *Die neue Zeit* y todo lo demás que aparezca. Pero esto puede y debe bastar. En el *Vorwärts* se hace gala siempre de la intangible libertad de discusión, pero no se nota mucho. No os podéis ni imaginar qué impresión le causa a uno, aquí en el extranjero, esta propensión a adoptar medidas de fuerza, aquí, en un país donde se está acostumbrado a ver cómo se piden cuentas a los líderes más viejos del propio partido (por ejemplo, al gobierno conservador por parte del Lord Randolph Churchill). Y luego, no debéis olvidar que la disciplina no puede ser igual de rígida en un gran partido que en una pequeña secta y que la ley antisocialista que unió a lassallianos y eisenchianos (unión que según Liebknecht, se consiguió con su magnífico programa) y que hizo necesaria una estrecha cohesión de ese género, ya no existe (Engels, Friedrich, 1979, p. 94).

De ningún modo puede pasarse por alto el hecho de que sin un cierto grado de *autonomía de producción teórica* es imposible la creación de una teoría marxista. La ruptura del vínculo entre espontaneidad y organización en el pensamiento, cosa que la mayoría de las veces sucede en interés del control, es fatal para las experiencias teóricas, vivas y palpitantes. Es digno de señalar el que Lenin caracterice con precisión, sobre todo en sus comentarios a la *Lógica* de Hegel, este vínculo en su teoría, tratado por él en torno a las cuestiones de organización (no pudiendo, evidentemente, verificarla por los condicionamientos históricos en que

actuó); pensar dialéctico es en sus comentarios precisamente la síntesis de espontaneidad y organización, prescindiendo de la confirmación continua que hace Hegel de conceptos tales como «unidad viva, concreta, orgánica», «actividad y desarrollo inmanentes», «camino que se autoconstruye», etc. El que lea atentamente los comentarios que Lenin hace sobre Hegel, podrá constatar continuamente que está sobre todo de acuerdo con Hegel cuando se trata de la *espontánea autoorganización de los pensamientos*, es decir, de algo que no se trae a las cosas desde fuera, con simple violencia. La totalidad concreta se apoya, a diferencia de la abstracta, en el automovimiento espontáneo, inmanente, de las cosas y de las relaciones, el cual no hace más que reflejarse bajo múltiples aspectos en el pensamiento. La espontaneidad como *inmediatez reflejada* es un momento central de la praxis social y, por ello, criterio con qué medir el contenido de verdad de una teoría. Lo general-concreto entraña la riqueza de lo particular, individual. No es, por tanto, una casualidad el que tanto Rosa Luxemburg como Lenin recurran, en la descripción de estos procesos del automovimiento, a Hegel. En el fondo de las cosas, bajo la superficie, Rosa Luxemburg ve cómo «sigue avanzando día a día y hora a hora en silencio, el gran trabajo de topo de la revolución» (Luxemburg, Rosa, 1977, p. 169).

Hoy tenemos que empezar a pensar de un modo nuevo y más intenso, en sentido histórico. Los esquemas ahistóricos, derrotas que vienen transformadas en modelos para futuras victorias y que han tomado el carácter de fetiches, no hacen avanzar ni teórica ni prácticamente. Sólo allí donde se pueda comprender el pasado sin ninguna coacción legitimista podremos aprender de él. Lo que separa a Rosa Luxemburg de Lenin, o lo que les vincula a ambos, no son simples errores intelectuales ni verdades universales; ambos están determinados por la situación histórica y social en que se vieron obligados a trabajar y pensar. Había entre los dos, evidentemente, un respeto mutuo e intenso, precisamente por tener ambos una conciencia clara de la diversidad de sus tareas históricas.

Quisiera terminar con una referencia de actualidad: los jefes del golpe chileno han declarado, hace unos días, que dejarán de nuevo el poder tan pronto como reine el orden en el país. Un día antes de ser asesinada por oficiales alemanes, de quienes los militares chilenos no sólo han heredado los cascos de acero y las marchas, sino también la brutalidad y la cerrazón política, escribía Rosa Luxemburg en un artículo titulado *El orden reina en Berlín*: «La dirección ha fracasado. Pero la dirección puede y debe ser creada de nuevo por las masas y a partir de las masas. Las masas son lo decisivo, ellas son la roca sobre la que se basa la victoria final de la revolución. Las masas han estado a la altura, ellas han hecho de esta “derrota” una pieza más de esa serie de derrotas históricas que constituyen el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y por eso, del tronco de esta “derrota” florecerá la victoria futura. ¡El orden reina en Berlín!, ¡esbirros estúpidos! Vuestro orden está edificado sobre arena. La revolución mañana ya “se elevará de nuevo con estruendo hacia lo alto” y proclamará, para terror vuestro, entre sonido de trompetas: ¡Fui, soy y seré!» (Luxemburg, Rosa, 1977, p 454).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Basso, Lelio. 1967. *Rosa Luxemburgs Dialektik der Revolution*. Frankfurt a. M.
- Engels, Friedrich. 1977. *MEW*. Vol. XXII. Dietz Verlag Berlin.
- Engels, Friedrich. 1979. *MEW*. Vol. XXXVIII. Dietz Verlag Berlin.
- Hentze, Jürgen. s/f. *Esponaneität, Aktion und Partei bei Rosa Luxemburg* (manuscrito inédito)
- Lenin, Vladimir. 1954. *Ausgewählte Schriften*. Vol. II. Berlin.
- Lenin, Vladimir. 1954. «Der “Linke Radikalismus”, die Kinderkrankheit im Kommunismus», en *Werke*. Vol. II. Dietz Verlag Berlin.
- Lenin, Vladimir. 1971. *Werke*. Vol. VII. Dietz Verlag Berlin.
- Lenin, Vladimir. 1971. *Werke*. Vol. XXXI. Dietz Verlag Berlin.

Lenin, Vladimir. 1971. *Werke*. Vol. XXXIII. Dietz Verlag Berlin.

Luxemburg, Rosa. 1966. «Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben. Eine Antikritik», en *Die Akkumulation des Kapitals*. Frankfurt a. M.

Luxemburg, Rosa. 1969. *Politische Schriften*. Vol. II. Frankfurt.

Luxemburg, Rosa. 1972. «Die Debatten in Köln», en *Gesammelte Werke*. Vol. 1/2, Berlin.

Luxemburg, Rosa. 1977. «El orden reina en Berlín» en *Escritos Políticos*. Grijalbo.

Luxemburg, Rosa. 1977. «Huelga de masas, partido y sindicatos» en *Escritos Políticos*. Grijalbo.

Luxemburg, Rosa. 1977. «La revolución rusa» en *Escritos Políticos*. Grijalbo.

Luxemburg, Rosa. 1977. «Nuestro programa y la situación política» en *Escritos Políticos*. Grijalbo.

Luxemburg, Rosa. 1977. «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa» en *Escritos Políticos*. Grijalbo.

Luxemburg, Rosa. 1977. «¿Reforma social o revolución?» en *Escritos Políticos*. Grijalbo.

Negt, Oskar y Kluge, Alexander. 1972. *Öffentlichkeit und Erfahrung. Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*. Frankfurt, a. M.

Thälmann, Ernst. 1932. *Der revolutionäre Ausweg und die KPD*. Berlin.





Boletín del Grupo de Trabajo
Historia y coyuntura: perspectivas marxistas

Número 54 · Junio 2024